

12437
431

LA INFANCIA DEL MUNDO.

INTRODUCCION

A LA HISTORIA UNIVERSAL

ESCRITA PARA LOS NIÑOS,

POR E. CLODD.

(TERCERA EDICION.)

6641



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

NUEVA YORK,

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE N. PONCE DE LEON,
40 Y 42 BROADWAY,
1881.

117 x 182

Entered according to Act of Congress in the year 1880, by
N. PONCE DE LEON,
in the Office of the Librarian of Congress at Washington.

INDICE.

	Págs.
Cap. I. Introduccion.....	5
Cap. II. Primeras Necesidades del Hombre.....	8
Cap. III. Primeros Instrumentos del hombre.....	10
Cap. IV. Fuego.....	16
Cap. V. Cocina y Alfarería.....	17
Cap. VI. Habitaciones.....	18
Cap. VII. Uso de los Metales.....	22
Cap. VIII. Antigüedad del hombre.....	26
Cap. IX. Primeros Pastores, Labradores y Comerciantes.....	29
Cap. X. Lenguaje.....	31
Cap. XI. La Escritura.....	34
Cap. XII. Contabilidad.....	35
Cap. XIII. Primeras Emigraciones del Hombre.....	36
Cap. XIV. Progresos Generales del Hombre.....	38
Cap. XV. Decadencia de los Pueblos.....	39

PARTE SEGUNDA.

Cap. XVI. Introduccion.....	41
Cap. XVII. Primeras Preguntas del Hombre.....	42
Cap. XVIII. Mitos.....	44
Cap. XIX. Mitos acerca del Sol y de la Luna.....	45
Cap. XX. Mitos acerca de los Eclipses.....	46
Cap. XXI. Mitos referentes á las Estrellas.....	46
Cap. XXII. Mitos acerca de la Tierra y del Hombre.....	48
Cap. XXIII. Ideas del Hombre acerca del Alma.....	49
Cap. XXIV. Creencia en la Mágia y Hechicería.....	51
Cap. XXV. Temor del Hombre hácia lo Desconocido.....	52
Cap. XXVI. Adoracion de los Fetiches.....	53
Cap. XXVII. Idolatría.....	55
Cap. XXVIII. Adoracion de la Naturaleza.....	55
Cap. XXIX. Politeísmo ó creencia en muchos Dioses.....	58
Cap. XXX. Dualismo ó creencia en dos Dioses.....	60
Cap. XXXI. Oracion.....	61
Cap. XXXII. Sacrificio.....	62
Cap. XXXIII. Monoteísmo ó creencia en un solo Dios.....	63
Cap. XXXIV. Tres Leyendas acerca de Abraham.....	66
Cap. XXXV. Creencia del Hombre en una Vida Futura.....	68
Cap. XXXVI. Libros Sagrados.....	70
Cap. XXXVII. Conclusion.....	75

INTRODUCCION.

I.

Todo en este vasto mundo tiene su historia, ó lo que es lo mismo, todo tiene algo que deba ser contado ó investigado, para saber lo que era y cómo ha llegado á su actual modo de ser.

Los hombres sabios han podido, despues de árduas investigaciones, descubrir historias más sorprendentes aún que los cuentos de hadas que se nos relatan en la niñez, hasta en las pequeñas piedras que yacen en los caminos ó en los jardines, y si esto es cierto respecto de seres inanimados, debemos creer que respecto de algunos de los animados pueden escribirse narraciones aún más extraordinarias. Y la historia que ahora quiero relataros es la historia del ser más maravilloso que la naturaleza ha producido. Quizás alguno de vosotros imagine que intento describir un mónstruo de feroz apariencia, pelo encrespado y enormes colmillos que existia sobre la tierra millares de años hace: pues los niños, y muchos que no lo son, se figuran que solo lo monstruoso es maravilloso; pero este es un grave error. Las bellas celdas de cera con que la abeja construye sus panales, son más dignas de admiracion que la tosca cabaña formada por el chimpancé, mono de Africa: y las pequeñas hormigas que conservan los pulgonos para extraerles la leche, como nosotros á la vaca, y que se apoderan de los hijos de otras hormigas para hacer de ellos sus esclavos, son más maravillosas que el enorme y estúpido rinoceronte.

Ahora bien: es respecto de *nosotros mismos* de lo que yo pienso hablar, por que debemos tratar de saber, hasta donde nos sea posible. como hemos venido á ser *lo que* somos

y *donde* estamos. Bueno es recordar que yo no digo *cómo* somos y *por qué* somos: esto solo Dios lo sabe, y á nadie en la tierra ha revelado su secreto, aunque acaso quiera decirnoslo algun día.

Quizás alguno suponga que no hay maravilla en hallarnos donde estamos, ó bien en poseer los bienes de que gozamos: que siempre hemos disfrutado de éstos, y que, el que no los disfruta no necesita más que ir á la tienda y comprarlos: que desde el primer día en que el hombre vivió sobre la tierra pudo cocinar sus alimentos y tomar despues helados y postres: que le fué dado vestir bien, tener una buena letra, habitar una hermosa casa y construir espléndidas iglesias con ventanas de vidrios de colores, como se hace en nuestros días.

El que haya pensado así se engaña. Yo deseo rectificar su juicio, y demostrarle que el hombre fué en otro tiempo inculto y salvaje: que se espantaba de su propia sombra, y aun más, del bramido del trueno y del fulgor del relámpago que él atribuía al batir de las alas ó al esplendor de los ojos de la encolerizada Divinidad cuando venia huyendo del Sol; y que se han necesitado muchos miles de años para que el hombre haya llegado a ser tan inteligente y hábil como lo vemos en el día.

Así como hemos tenido que aprender el abecedario para saber leer, y como tenemos que aprender dia por dia otras cosas que nos servirán para ser útiles despues de grandes, cuando seamos llamados á desempeñar nuestra parte de trabajo en este mundo, donde toda ociosidad es pecado, del mismo modo el hombre tuvo que empezar á aprender y ha llegado á su actual estado, paso á paso, á traves de un fatigoso camino.

Y en lugar de que se le dijera, como á nosotros, por qué se hacen ciertas cosas y cual es el mejor modo de hacerlas, él tuvo que descubrirlas por sí mismo, haciendo uso de la inteligencia que Dios le dió, y repitiendo sus ensayos una y otra vez, como nosotros una leccion difícil, hasta lograr aprenderla bien.

Hay muchas razones para creer que el hombre fué en otros tiempos salvaje y anduvo desnudo, y que solo por lentos grados vino á verse vestido y á ser civilizado. Se

han encontrado, por ejemplo, en Europa, Asia, Africa y América, especialmente en la primera, millares de instrumentos y armas fabricados y usados, por los hombres hace muchas generaciones, cuyas armas é instrumentos son exactamente iguales á las que usan los salvajes de nuestros dias en varias partes de la tierra y entre los cuales no se ha hallado el menor vestigio de una civilizacion pasada.

Allá léjos tras los procelosos mares, allá léjos en lugares como Australia, Borneo y Ceilan, islas que deben Vds. buscar en el mapa, viven hoy criaturas tan silvestres que el que los viese no creeria que son seres racionales, sino animales montaraces con la figura de hombres, que se cubren de cieno, se alimentan de raíces, y viven en chozas miserables ó en los bosques al abrigo de los árboles. La palabra *salvaje* significa uno que vive en las *selvas*.

Para referir como vivieron los primitivos hombres, necesitamos retroceder á una época muy lejana, más aun que aquella en que principia la historia de los diversos países, porque los hombres tuvieron mucho que aprender ántes de hallarse en aptitud de escribir sus propios hechos, y de vivir juntos constituyendo una nacion. Muchos siglos, y un siglo es cien años, trascurrieron ántes de que ellos nos dejaran otra huella de su existencia que los instrumentos de que hemos hablado, ó fragmentos de ladrillos y huesos con geroglíficos incomprensibles.

Fácil será convencernos, cuando estudiemos en las rocas y montañas en vez de estudiar en los libros, que nuestro globo es, como los otros planetas que flotan en el espacio estrellado, tan antiguo, que el día de su nacimiento es objeto de constantes y diferentes conjeturas. Está así mismo sujeta á perennes cambios, pero lejos de marchitarse como nosotros por efecto de los años, el mundo se conserva siempre hermoso y fresco, iluminado por la brillante sonrisa de Dios que llena de alegría su superficie.

Investigar cuantos años hace que el hombre puebla la tierra, seria entrar en conjeturas á cuya certeza nunca llegaríamos. Conformémonos con creer que el Hacedor Supremo le colocó en ella en el tiempo más propio y conveniente, y que no creó sin un sábio propósito, las rocas, árboles, flores, peces, pájaros, bestias y hombres.

Pero si Dios obligó al hombre á que cubriese sus necesidades por sí mismo, le dió tambien los medios de hacerlo. Le dió ojos para ver, oídos para oír, piés para caminar, manos para trabajar, todo lo cual debia servir de auxilio al hombre propiamente dicho, entendiéndose por éste, el pensamiento, el alma, el espíritu, que es lo que verdaderamente distingue y constituye al hombre, pues la palabra *hombre* se deriva de otra muy antigua que significa *pensar*: por consiguiente un *hombre* es un *ser que piensa*. Cuando se dieron nombre á las cosas, se buscaron los más apropiados para describir las mismas cosas. Así *bruto* viene de una palabra que significa *rudo, áspero*, y de la misma manera, el hombre se distingue de los brutos, que son semejantes á él en algunas cosas, y de las plantas y árboles, que tambien se le asemejan, en que respiran, en que es el *ser que piensa*.

Si á veces interrumpo mi narracion para explicar el significado de algunas palabras, es porque ya hemos visto que siempre han precedido buenas razones para designar las cosas con tales ó cuales nombres, y que éstos con frecuencia nos dan á conocer mucho más acerca de las costumbres y hechos de nuestros antepasados, hoy silenciosos, que lo que podemos saber, examinando los restos que nos han dejado.

En ciertos casos esas palabras son la única guia que nos ha llevado al conocimiento de el pueblo de quien procedemos, y que vivió en otros tiempos en el Asia. Ellos no han dejado huellas, hasta donde hemos podido averiguar, de los instrumentos que usaron, de las casas en que vivieron, ó de sus escritos sobre rocas ó ladrillos; y sin embargo sabemos que han existido porque las palabras que usaron han llegado hasta nosotros, y son realmente por nosotros usadas en diferentes formas y con diversos significados.

II.

PRIMERAS NECESIDADES DEL HOMBRE.

Los primeros hombres vagaron sobre la tierra desnudos y en estado salvaje, ignorando las riquezas que aquella

atesora en sus entrañas, y no llegando sino mucho tiempo despues á hacer brillar en su superficie las amarillas espigas del ondeante trigo, y á extraer de su seno hierro y otros metales útiles á la especie humana.

El primer pensamiento del hombre fué el de llenar sus necesidades corporales: buscar alimento para nutrirse, fuego para calentarse, y algun abrigo contra los rigores de la intemperie y contra la fiereza de las bestias salvajes que ahullaban y rugian en torno suyo. He aquí como, despues de su primer paso, el hombre se distinguió de los brutos.

Donde quiera que Dios ha colocado éstos, les ha dado en la piel el abrigo más apropiado al lugar en que viven, y ha puesto á su alcance el alimento conveniente para ellos. No hizo lo mismo con el hombre á quien formó desnudo, y abandonó á sus propios recursos, para que, con el auxilio de éstos, buscarse el alimento y vestidos que más se adaptasen á las necesidades del lugar en que habita. Si Dios hubiese dado al hombre una piel gruesa y cubierta de vellos, éste no podria cambiar de lugares sin incomodidad: por eso lo hizo desnudo, pero le dió al mismo tiempo la razon para que distinguiese lo bueno de lo malo y obrase segun su luz. Los brutos son siempre lo mismo que fueron desde el principio; miéntras que el hombre nunca se detiene en el camino del progreso, y cada generacion que viene adelanta ó perfecciona lo que hizo la anterior.

El hombre no tiene la mirada penetrante del águila, pero tiene el poder de construir instrumentos que no solo ponen al alcance de su vista estrellas cuya luz ha tardado mil años en llegar á la tierra, sino que por medio de ellos sabemos los metales que existen en el Sol y otras estrellas. El hombre no es tan ligero como el ciervo, pero sabe construir locomotrices que le permiten andar sesenta millas en una hora. Tampoco tiene la fuerza del caballo, pero ha construido máquinas que desempeñan el trabajo de muchos miles de caballos juntos.

Las facultades del hombre, corporales ó espirituales, mejoran con el uso. El salvaje, que á cada paso tiene que ejercitar las primeras para proveerse de alimentos, es prácticamente más rápido de piés y de vista que el hom-

bre civilizado, mientras que éste, usando sus facultades intelectuales, aventaja al salvaje en la adquisición de conocimientos y en el uso bueno ó malo que de ellos hace.

He dicho que las primeras cosas que el hombre necesitó fueron alimento, fuego y abrigo.

Edades ántes que el hombre viniese al mundo, las corrientes de agua fresca se deslizaban al pié de las montañas, ó atravesaban los valles que ayudaron á abrir con su curso: despues de su venida, continuaban aquellos corriendo de la misma manera: así es que le costó poco trabajo apagar la sed, y es natural creer que no se alejaria de esos lugares. Pero su alimento no podia ser obtenido tan fácilmente. Las primeras materias que usó para este fin, fueron probablemente frutos silvestres, y sus primeras habitaciones los árboles, las rocas ó las cuevas. Quizás deseó comer del pez que se deslizaba en las ondas, ó del reno que saltaba en la espesura de los bosques, pero uno y otro no podian ser conseguidos sino por medio de armas que les privasen de la vida.

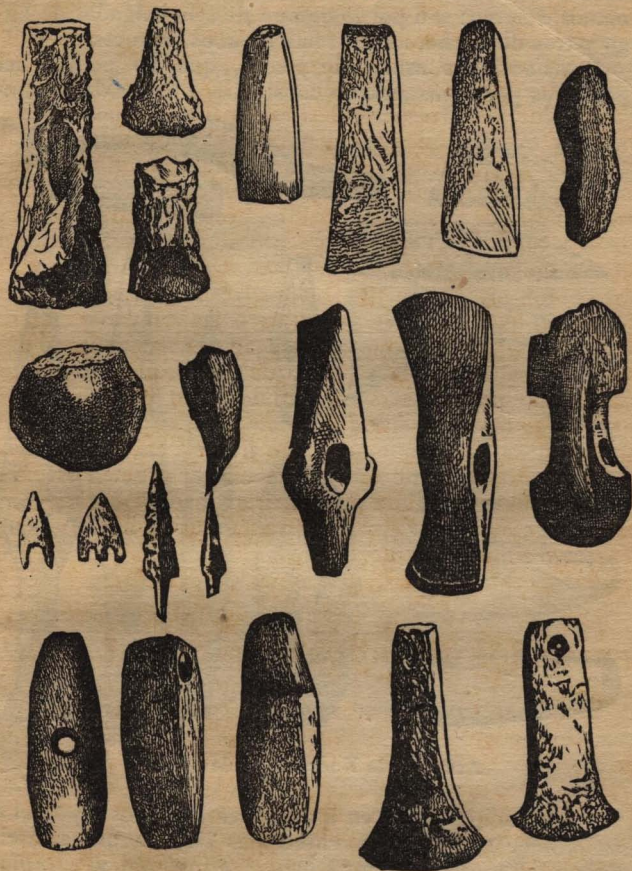
Hay pocas cosas que no puede llevar á cabo la maravillosa mano del hombre; pero necesita instrumentos para la ejecucion. Ninguno puede cortar madera ó carne sin tener un cuchillo, ni escribir sin una pluma, ni introducir un clavo sin un martillo.

III.

PRIMEROS INSTRUMENTOS DEL HOMBRE.

Una de las primeras cosas que el hombre necesitó fué, por consiguiente, un instrumento cortante, bastante duro para dividir las materias á que se destinaba. Desconocia el uso de los metales, aunque algunos de ellos, no el más duro, yacian cerca de la superficie y le fué preciso, por lo tanto, echar mano de las piedras para aquel objeto. Los hombres de *ciencia* (esto es, hombres que *saben*, por que *ciencia* se deriva de una palabra que significa *saber*) han dado el nombre de *Edad de Piedra* á esa remota época en que se emplearon la piedra, el hueso, la madera y el cuero como materiales para hacer instrumentos. Se usó mucho

del pedernal, porque dándole un fuerte golpe se obtenian láminas tan cortantes como la hoja de un cuchillo, otras



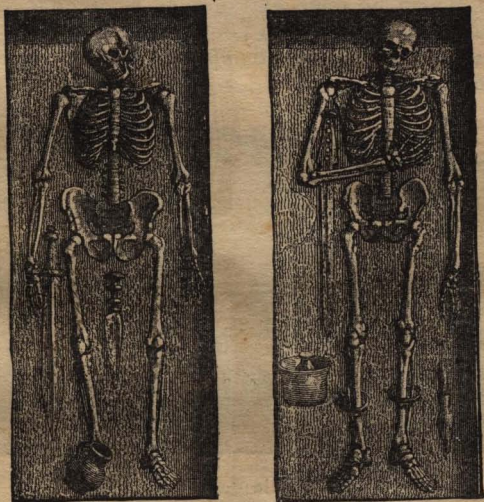
Armas de la Antigua Edad de Piedra.

veces se le daba la forma de una aguda punta, ó se le convertia en groseros martillos, con auxilio de un redondo

biertos de lana, rinocerontes, hipopótamos, leones, hienas y osos que habitaban en las cavernas, y otras fieras de mayor tamaño que las que hoy existen.

Es indudable que vivían al mismo tiempo que el hombre, porque en diversas capas de la tierra se han encontrado sus huesos junto con los de éste y con las armas hechas por él.

Año tras año aprendió el hombre á mejorar sus armas é instrumentos, hasta formar buenas lanzas, puñales,



Esqueletos.

hachuelas, martillos y otras herramientas, perfeccionándose más tarde en el arte de pulimentarlas. Bueno es, por lo tanto, recordar que su ciencia llegó en la *Antigua Edad de Piedra* hasta labrar las piedras toscamente, y que en la *Nueva* fué cuando aprendió á darles el necesario pulimento.

Los mejores instrumentos y armas han sido encontrados en las cuevas. Estas cuevas fueron formadas por

ia accion de las aguas ántes que ningun ser viviente habitase la tierra, y los hombres las usaron despues, no solo para vivir en ellas sino para enterrar sus muertos. De los diferentes restos que se han encontrado en ellas ó en sus cercanías, se han deducido las ceremonias que tenian lugar durante los entierros, así como la práctica de poner al lado del difunto algun alimento y las armas que éstos usaban, consideradas por sus amigos como cosas necesarias para el largo viaje que emprendian al otro mundo. Se han hallado pocos huesos del hombre primitivo, y esto no debe extrañarnos, si atendemos á que sus restos no duran tanto como sus obras, y á la costumbre que en aquellos tiempos se tenia de quemar los cadáveres.



Túmulo de Piedras.

Fácilmente se comprenderá el beneficio que traeria al hombre el uso de sus armas para hacer frente á los ataques de las fieras, pues con ellas, no solo podria defenderse á sí y á su familia, sino que le sería fácil matar esas gigantescas bestias y hacer de ellas un precioso alimento. Esto está ciertamente comprobado, así como que las pieles de las mismas eran convertidas en vestidos y los huesos de sus mandíbulas en poderosas armas

Nos llenarémos de sorpresa si nos ponemos á consi-

derar las cosas que los primeros hombres tuvieron que hacer con las piedras á que dieron tan tosca forma. Con ellas cortaron árboles, y quizás con la ayuda del fuego los ahuecaron para construir canoas, pues para ellos debía ser evidente que la madera flota en el agua: con ellas mataban los animales que les servian de alimento, los cortaban en pedazos y quebraban los huesos para extraerles el tuétano; así mismo habrian las conchas marinas para coger el animalillo que se cria en su interior, y hacian otras muchas cosas con esos instrumentos que nosotros consideramos tan toscos.



Stonehenge.

Al hablar de la *Edad de piedra* debo manifestar que se han encontrado en diferentes partes del mundo ruinas de piedra de varios tamaños y de gran antigüedad, construidas algunas de pilares cubiertos con una ancha piedra á manera de techo, y otras terminando en punta como las grandes pirámides de Egipto.

Estas, como las cuevas, fueron usadas para enterrar los muertos; pero á ocasiones se construian para señalar el lugar donde sucedió algun acontecimiento notable. La colocacion de piedras unas sobre otras era una manera fácil y permanente de conservar en la memoria de los hombres el recuerdo de algun hecho, así como nosotros levantamos estátuas para perpetuar los actos de valor, de nobleza ó de amor de nuestros grandes hombres. Si aquellas construcciones eran tumbas, se les daba un tamaño correspondiente al rango de la persona que debía ser depositada en ella y si se les daba una forma circular era

con algun objeto sagrado, como la de Stonehenge (Piedras paradas) en Inglaterra.

Sabemos pues, que durante la época en que las armas é instrumentos se hacian de piedra, los hombres pasaban una vida silvestre y errante, manteniéndose de frutos y raíces, comiendo cruda la carne de los animales que mataban y á veces la de sus mismos semejantes, y vistiéndose con las pieles de aquellos, cocidas con agujas de hueso y con tendones por hilo. Veamos ahora de que modo obtuvieron el fuego.

IV.

FUEGO

Hay muchas curiosas relaciones que tienen por objeto darnos á conocer de qué manera el fuego se obtuvo por primera vez; pero hay en ellas mucha parte de adivinacion, y no nos llevan más cerca de la verdad. El hombre ha hecho siempre uso de su inteligencia ó sentido comun, y éste le enseñó que el fuego podia obtenerse frotando dos pedazos de madera. Al construir sus armas de pedernal, vió que saltaban de éste algunas chispas, pero tambien vió que el mismo pedernal no se encendia. Cuando sintió frio se frotó las manos y se las calentó. Probó lo que pudiera conseguirse de la introduccion de un palillo puntiagudo en otro leño: frotó y vió primero que se producía el calor, despues que saltaron chispas y finalmente que brotaron llamas.

Los viajeros refieren que los salvajes pueden obtener fuego de esta manera en pocos segundos, y que los habitantes de las islas del Norte de Europa tienen un ave tan grasienta, que atravesándole un pábilo por medio del cuerpo y encendiéndolo, el ave arde como una vela.

El fuego fué tan útil en aquellos dias como es ahora para los viajeros que encuentran proteccion en él durante las noches contra los ataques de las fieras, y es de creerse que los hombres se esmerarian en conservarlo amontonando sobre él la leña que abundantemente tenían á manos.

V.

COCINA Y ALFARERIA.

Al principio los hombres comieron cruda la carne, como hacen aun algunas tribus salvajes, pero despues apren-



Cocina primitiva.

derian á cocinarla poniéndola simplemente al fuego directo. Despues abrian un hoyo en el suelo que revesti-



Vasijas de la Edad de Piedra.

rían interiormente con la dura piel del animal muerto: lo llenarían de agua, pondrían dentro la carne, y calentarían aquella echándole piedras encendidas hasta que ésta quedase cocida. Entónces se inventaría alguna manera mejor de confeccionar el alimento poniéndolo en vasijas colocadas sobre el fuego preparando éstas de modo que no corriesen riesgo de ser quemadas. Así llegarían los hombres á saber que la arcilla se endurece con el fuego, y harían de ella toscas ollas que secarían al calor de éste ó del sol. Tales fueron los principios del hermoso arte de la alfarería.

VI.

HABITACIONES.

Además de vivir en las cuevas, se cavaron hoyos en el suelo formando paredes con la tierra que de ellos se extraía, y cubriéndolas con ramas: y donde abundaban grandes piedras se colocaron éstas con algun cuidado, y se construyó con ellas una fuerte y ruda cabaña.

Se han encontrado en algunos lagos, especialmente en los de Suiza, restos de casas construidas sobre montones de piedras colocados en el lecho del lago, cuyas piedras aparentan haber sido cortadas con hachuelas de pedernal: esto prueba que la gente vivía de este curioso modo desde tempranos tiempos, y no es extraño que así lo hiciese para evitar las persecuciones de sus enemigos y de las bestias salvajes.

Estos habitantes de los lagos, que aun tienen imitadores en la India Oriental y en las costas del Norte de la América meridional y otros lugares, hacían buen uso de sus hachuelas, pues no solo cortaban árboles con ellas, sino que mataban animales, algunos tan fieros como el oso, el lobo y el jabalí. Aprendieron á pescar con redes de lino que dejaban flotar con boyas de cortezas de árboles, y la sumergían con pesos de piedra.

Además de lo que sabemos sobre las primeras habitaciones de los hombres, se han encontrado en las costas de Dinamarca, Escocia y otros puntos, enormes montones de

los llamados *muladares de cocina*. Estos eran realmente los lugares en donde comia la gente que vivia allí y están adornados con multitud de conchas de ostras, almejas, caracoles, etc., de que aquellas se alimentaban; en ellos



Habitaciones primitivas.

tambien se han encontrado huesos de ciervo y de otros animales, así como cuchillos de pedernal y otros objetos.

Dije al principio, que las tres primeras cosas que el hombre necesitó fueron alimento, fuego y abrigo, y como ya he dicho de qué modo fueron procuradas por él, es fácil ocurra la idea de cómo se hablarían unos á otros y qué palabras emplearían. Jamás llegaremos á saber esto; pero sí podremos asegurar que los hombres tenían desde esa

época un modo de comunicarse mutuamente sus ideas, y que aprendieron á hablar, escribir y contar poco á poco,



Dibujo primitivo.

como aprendieron las demás cosas. Tenian alguna noción del dibujo: se han encontrado huesos y pedazos de



Instrumentos de cuerno y hueso.

pizarra con toscos diseños del mammut, del toro y de otros animales esculpidos en ellos. Estos primitivos bos-



Instrumentos y armas de hueso y cuerno.

quejos prueban tambien que el hombre es superior á los brutos, así en éste como en otros conocimientos; pues ningun irracional ha sabido hasta la fecha dibujar un cuadro, escribir un alfabeto ó hacer fuego. Más adelante diremos algo acerca de la palabra y de la escritura.

Del uso de la piedra pasaron los hombres al uso de los huesos de los animales, muchos de los cuales, por su forma les parecian apropiados para armas defensivas y ofen-

sivas: encuéntrase mezclados con los restos más antiguos un número infinito de puntas de flechas y lanzas, de puñales, de peines y otros objetos hechos de cuerno de ciervo y de huesos de mammut y otros grandes animales. Este debió ser paso intermedio entre la Edad de Piedra y la de Bronce, pues para defenderse y destruir las bestias feroces necesitaban primero tener las armas de piedra que les brindaba la naturaleza, y no es probable que poseyendo las de bronce hubieran hecho uso de las de hueso.

VII.

USO DE LOS METALES.

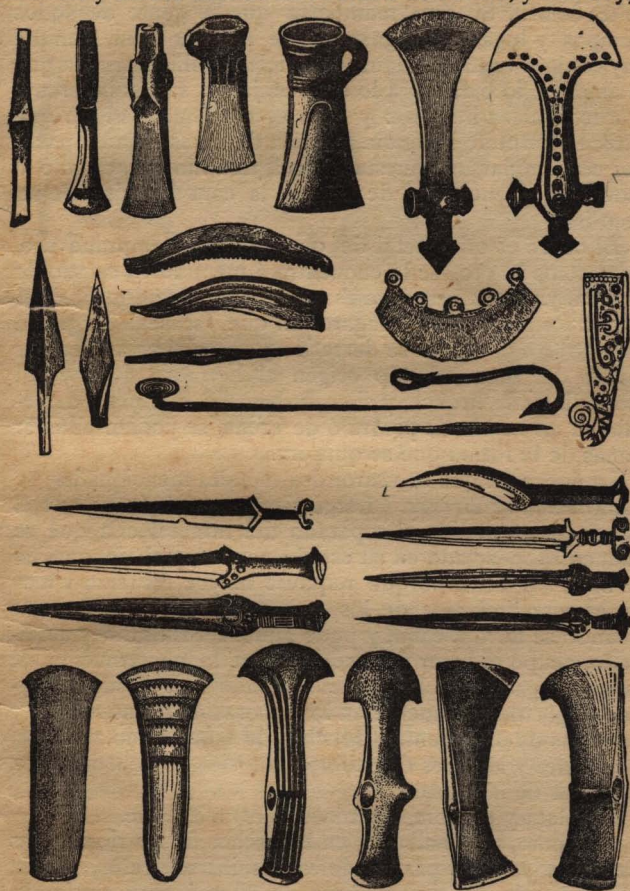
Con el transcurso del tiempo, algun hombre más entendido que sus contemporáneos, descubrió los metales que la tierra contenía, y ésto señala un adelanto que nunca podremos agradecer demasiado. Cuando meditamos acerca de los diferentes usos á que se aplican aquellos cuerpos, que sin ellos no hubiéramos podido construir buques bastante grandes y fuertes para atravesar el océano, ni máquinas de vapor que nos llevasen velozmente, comprendemos la inmensidad de su valor. Ciertamente, sin este gran descubrimiento el hombre hubiera permanecido en un estado salvaje, ó á lo ménos bárbaro.

Durante todo su progreso, vemos que nunca acudió en vano á los depósitos de la tierra. Allí tenía ésta atesorados para él los metales que necesitó, cuando la piedra no fué suficiente para llevar á cabo sus trabajos, y en sus vastos criaderos el carbon que vino á suplir con ventajas la escasez de la leña.

El oro fué probablemente el primer metal usado por el hombre. Su brillantez debió atraer las miradas de éste, que pudo hallarlo sin esfuerzo, pues al contrario de los otros metales, suele encontrarse en las arenas de los rios y en varias rocas que yacen en la superficie de la tierra.

Para darle la dureza que requiere el uso general que de él se hace, necesita ser ligado con otro metal; y en su estado de pureza, se convierte fácilmente en obras de adornos. Los pueblos salvajes y los civilizados son igualmente

inclinados á adornarse. Se han encontrado collares de conchas y ámbar hechos en la Edad de Piedra, y aun hoy,



Armas de la Edad de Bronce.

los salvajes se cuidan más del adorno que del vestido. Un modo muy comun de aumentar su inteligencia es, se-

gun ellos, señalar su rostro, cuerpo y miembros con líneas curvas hechas con un instrumento punzante y á las cuales se da color. Si esto manifiesta que la gente de todos tiempos y lugares ha gustado de parecer bien, aunque haya sido á costa de algun sacrificio, tambien prueba que el amor á lo bello, ó á lo que se juzga tal, es inherente á la naturaleza humana: y ésta es otra cualidad de que carece el bruto. Ninguna manada de vacas deja de pacer por contemplar una puesta de sol, ni á ningun caballo ó mono se le enciende de placer la cara á la vista de un arco-íris.

El cobre es otro metal de que se hizo temprano uso, pues como al oro, se le encuentra á menudo en estado de pureza, y por su blandura es susceptible de adquirir diferentes formas. En los lugares en que escaseaba, y podia encontrarse el estaño se derretian y mezclaban ambos por medio del fuego, dando origen al hermoso, duro y útil metal llamado bronce, y si se derramaba esta masa derretida en un molde de piedra ó de arena, se podian obtener armas de la forma que se quisiera.

La época en que se usaron los metales mencionados, se llamó *Edad de Bronce*. Largo tiempo pasó ántes que el hierro fuese fundido ó separado del mineral con que se encuentra mezclado en su estado natural, trabajo que no se hizo, sin duda, porque requiere mayor esfuerzo y mayores conocimientos de los que entónces se tenian; mas cuando se llevó á cabo, y pudo aquel ser fundido y amoldado, ocupó el lugar del bronce para la construccion de lanzas, espadas, hachuelas, etc., siendo éste desde entónces empleado solamente en la elaboracion de utensilios y de obras de ornamento. Muchas de éstas, como zarcillos, brazaletes y alfileres de cabeza han sido encontrados en los lagos de la Suiza.

La plata y el plomo fueron usados más tarde.

Así pues, del hallazgo en los lechos de los rios, en las cavernas y otras partes, de varios instrumentos, armas, obras de adorno, etc., algunos de ellos á gran profundidad, y todos indudablemente hechos por mano del hombre, debemos deducir que éste existió millares de años ántes de los que les señalan las historias, escritas en el

papyro ó pintadas en las paredes de las tumbas. Este papiro no es otra cosa que una especie de corteza de árbol en que los antiguos escribían: de aquí el nombre de *papel*.



Ornamentos de la Edad de Bronce.

Con objeto de señalar los pasos del progreso humano, su historia primitiva está dividida en tres períodos, á que se ha dado el nombre de los objetos que en cada uno se usaron.

1° **Edad de Piedra**, que como he manifestado, se subdivide en Antigua y Nueva ó Moderna.

2° **Edad de Bronce.**

3° **Edad de Hierro.**

No se sabe cuantos años transcurrieron entre la primera labor del pedernal y la fabricacion de la primera arma de bronce. De lo que sí estamos seguros es de que los hombres usaron la piedra ántes que el bronce y el hierro, y de que algunas tribus estaban en la Edad de Piedra cuando ya otras conocían el uso de los metales. Las tres edades se extienden y confunden *como los tres colores principales del arco-iris*.

Por ejemplo, aunque algunas de las habitaciones de los lagos de que he hablado fueron construidas en la Edad de Piedra, un gran número de ellas corresponden á la

Edad de Bronce, y las reliquias descubiertas prueban cuanto habian adelantado los hombres en el camino del progreso. Los habitantes de los lagos habian aprendido á cultivar el trigo, á proveerse de alimentos para el invierno, á tejer vestidos y á domesticar los animales más útiles como el caballo, la oveja y la cabra. Desde una época muy anterior, habian conocido los hombres cuan digno de estimacion es el perro, y de ello dan testimonio las tribus más atrasadas de los mares del norte, en cuyos depósitos de conchas se han encontrado huesos de aquel animal.

La industria del hombre progresó rápidamente en la Edad de Hierro; y al mismo tiempo que la variedad de artefactos de barro, el acuñamiento de monedas de bronce, el descubrimiento del vidrio y otra multitud de nuevas invenciones, prueban cuánto se habia avanzado en el adelanto material, tambien prueban la rapidez con que el hombre salia de su estado de ignorancia y de miseria.

VIII.

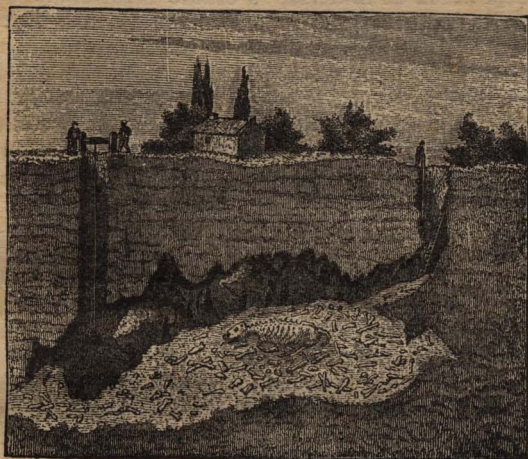
ANTIGUEDAD DEL HOMBRE.

Al llegar á este punto de mi narracion, quizás alguno me pregunte cómo se sabe que esas reliquias del hombre primitivo pertenecen á una antigüedad tan remota? y yo le daré la mejor contestacion que al presente puede darse, haciéndole la descripcion de uno de los lugares en que se han encontrado sus huesos, armas é instrumentos.

Hay una gran caverna en Bixham, sobre la costa sur del Devonshire, que fué descubierta catorce años hace por el derrumbe de una parte del techo. El piso es de estalagmitas ó partículas calizas que han sido arrastradas del techo por la infiltracion de las aguas, y endurecidas hasta tomar una consistencia rocallosa. *Estalagmita* se deriva de una palabra griega que significa *gota*. En este piso, que tiene cerca de un pié de espesor, se encontraron huesos de renos y de osos de las cavernas, mientras que debajo de él existe una masa de arcilla roja de quince piés de profundidad en algunas partes, en la cual habia enterrados láminas ó cuchillos de pedernal y huesos de

mammud. Debajo de esta capa habia un lecho de cascajo, de más de veinte piés de espesor, en el cual se encontraron cuchillos de pedernal y huesos pequeños. Más de treinta de los primeros estaban mezclados con los huesos de osos y de elefantes lanudos, y como se sabe que aquellos son fabricados por la mano del hombre, es indudable que éste vivia en aquel pais cuando dichos animales vagaban por él.

Pero, se preguntará, ¿qué prueba existe de que esos huesos sean tan viejos?



Caverna de Brixham.

Aparte el hecho de que no se ha visto un mammud vivo durante muchas centurias, tenemos el de que sus huesos han sido encontrados á una gran profundidad, y como es cierto que nadie habia de tomarse la molestia de abrir una sepultura para enterrarlos en ella, debemos creer que tenia otra causa la formacion de la masa de arcilla en que yacian.

Puede explicarse de varios modos la existencia de los huesos en la cueva. Los animales á que pertenecieron

pueden haber muerto en la falda de la montaña y haber sido arrastrados sus huesos á la cueva por la accion de las aguas: quizás buscaron en ella un refugio, pero lo más probable es que habitaran en su interior. Sea de esto lo que fuere, debemos fijarnos principalmente en los treinta y cinco piés de arcilla y cascajo en que sus restos estaban enterrados.

El agente que los ocultó á la vista por tan dilatados años, fué ese activo instrumento de la naturaleza que ántes y despues que los seres vivientes animaran con su presencia la faz de la tierra, ha estado taladrando las rocas, abriendo los valles, dando forma á las más elevadas montañas, socavando las más profundas cuevas, y que transporta el suelo de un lugar á otro para levantar nuevas tierras donde ahora el hondo mar se agita. Es el agua quien condujo ese depósito á la caverna de Brixham, y cubrió con el los huesos: ella es la que desde el dia en que el mammud, el oso y el rengífero vivian en Devonshire ha estado socavando los valles del contorno y los ha hecho cien piés más profundos, y aunque el tiempo que ella emplea para ahondar un canal ó ahuecar una caverna, depende de su velocidad, puede formarse una idea de su accion considerando que las más rápidas corrientes trabajan lentamente para aquellos que las observan, supuesto que el rio Támesis en su presente curso necesita once mil setecientos cuarenta años para hacer un pié más profundo el valle que atraviesa. Los hombres de ciencia tienen, pues, razon cuando creen que las armas de pedernal fueron hechas por hombres que vivieron hace muchos miles de años.

“Un millar de años á tu vista, es como el dia de ayer, que ya pasó, ó como la vigilia de una noche.”

La ciencia, enseñándonos así la gran edad de la tierra, nos enseña tambien la eternidad del infinito Dios, y de la misma manera esas vastas distancias de que nos hablan los astrónomos hacen aparecer el Universo como un templo más digno de él, que el que le señalan esas antiguas y limitadas nociones de una tierra plana, para cuyo solo beneficio el sol ilumina los cielos durante el dia, y la luna y las estrellas derraman sus luces por la noche. La ciencia

hermosea con nuevos esplendores los grandes pensamientos del poeta astrónomo de la antigüedad que cantaba: "Si me elevo á los cielos, allí estas Tú: si penetro en los mundos que nadie hà visto, allí estás Tú."

IX.

PRIMEROS PASTORES, LABRADORES Y COMERCIANTES.

De un salvaje vagabundo, áspero y de descuidado cabello, manteniéndose de raíces, ó agazapándose detras de las rocas ó de los árboles para echarse sobre su presa, incierto cada mañana de conseguir su alimento del dia, ántes que llegase la noche, el hombre se convirtió en pastor reconociendo no solo la grandeza de la tierra sobre que habia sido colocado, sino tambien comprendiendo confusamente su superioridad sobre las bestias del campo y sobre los pájaros del aire.

Algunos de ellos, viendo cuan útiles eran ciertos animales por la leche y carne que proporcionaban como alimento, y por sus pieles que podian ser convertidas en suaves vestidos, principalmente la de los jóvenes, aprendieron á domesticarlos y reunirlos en manadas ó rebaños, á las que hacian cambiar á menudo de lugar en busca de buenos pastos. Estos hombres fueron los primeros pastores; pasaban una vida nómada, (*errante*,) y habitaban en tiendas que mudaban fácilmente.

Así fué como vivió Abrahan miles de años hace, y así es como aún viven en el dia las trébus errantes de Arabia y de otros puntos.

Miéntas algunos amaban la vida de pastores, otros se establacionaron más fijamente haciéndose labradores ó cultivadores de la tierra. La palabra *tierra* significa *arado*.

Los instrumentos de piedra de sus antepasados eran inútiles para desempeñar ese trabajo, y se necesitaron otros, hechos de los metales más duros y mejores. Y como vivian en un lugar fijo, no se conformarian con tener por habitaciones las chozas de trozos de madera de la

Edad de Piedra, ó las tiendas de los pastores, sino que construirían mejores casas, y harían en ellas pesebres para sus ganados y almacenes para sus granos.

Los días claros serían aprovechados en sus labranzas, y es de creer que les agradara emplear en ellas á otros que pudieran construir sus casas y hacer sus instrumentos. Así, uno despues de otro, diferentes profesiones surgirían entre ellos, que los conducirían á auxilios y provechos mútuos; así se formarían los caseríos, y así también éstos se convertirían en aldeas, y las aldeas en ciudades.

Las diferentes clases de gentes se unirían para defenderse contra sus comunes enemigos; así aprederían todos el arte de la guerra, ó escogerían los más valientes ó fuertes de ellos para constituir el ejército que defendiese las tierras y propiedades de la comunidad. El más sabio y justo de todos fué escogido para formar las leyes que el pueblo acordaba para su propio bien; porque los celos y malas pasiones dominaron á los hombres en sus primeros días, como le dominan hoy causando esas desoladoras guerras que han oscurecido muchos puntos luminosos en la historia del género humano. Ciertamente los labradores y los habitantes de las poblaciones estarían inclinados á disfrutar de una vida pacífica y tranquila, pero no sucedería lo mismo á los jefes de las tribus errantes que vendrían seguidos de sus partidarios, pastores y ganados á obtener por la fuerza los objetos que estimulaban su codicia.

No queremos decir con esto que fuesen ellos siempre los culpables, pero entre ámbos partidos es probable que el suyo estuviese siempre más dispuesto á promover una riña. Algunas disputas surgirían con respecto á la propiedad de las tierras: los nómades que amaban la holganza de la vida pastoral más que el duro trabajo de los constructores de casas ó de instrumentos, querrian participar de los buenos frutos que los labradores hacían producir á la tierra, ó desearían las brillantes y afiladas armas fundidas por los trabajadores de metales, y, con cualquier motivo, la "mala sangre" como se dice vulgarmente, se encendería, y la terminacion sería una lucha cuerpo á cuerpo. El más fuerte vencería al más débil, se apoderaría de su tierra ó la dejaría arrasada, y haría sus esclavos á aquellos priso-

neros que pudiera utilizar. Era esta una edad como otras posteriores, en que la ternura de sentimientos no dominaba el corazón del hombre, pero en que tampoco era éste dominado por la sed de oro: la dura ley que entonces existía era la siguiente:

“El que pueda cojer una cosa la cojerá, y el que tenga fuerza la conservará.”

Mas las guerras tienen su término, y los hombres comprenderían que, después de todo, era mejor vivir en paz y amistad. Empezaría el comercio: la tierra daría al labrador más fruto del que él necesitaba, y éste se alegraría de traficar con aquel, dando una parte al pastor en cambio de su ganado, y otra por sus instrumentos al que trabajaba los metales, resultando de estos cambios un beneficio mútuo.

Como el tráfico crecía, se pensó que era embarazoso é inconveniente llevar los efectos de lugar en lugar, especialmente si eran poco solicitados: y entonces acordaron establecer alguna cosa que fuera fácil de transportar, constante en su valor y que, si se conservaba, no se echase á perder. Así, en cuanto pudieron, fabricaron pedazos de metal, que primero fueron monedas de bronce, y después de oro y de plata, las cuales siendo más escasas, tenían más valor. Sabemos por las pinturas de Tebas, y por la historia antigua, que estos dos metales eran tenidos como riqueza desde tiempos muy remotos. El Génesis dice que Abraham había sido muy rico en ganado, en plata y oro. La palabra “pecuniario” que se usa al hablar de la riqueza de algún hombre, viene de la palabra latina “pecus” que significa “ganado”, y nos manifiesta que los primeros tiempos la fortuna de un individuo se calculaba á veces por el ganado que poseía.

Digamos algo ahora acerca del lenguaje, de la escritura y de la contabilidad.

X.

LENGUAGE.

Ignoramos de que manera adquirió el hombre, el don maravilloso del lenguaje, y en vano han tratado de averiguarlo los sabios de varias épocas.

El mismo Dios que favoreció al hombre con órganos adecuados para producir tantos sonidos diferentes, le dió tambien la facultad de crear nombres para las cosas que no veia, y palabras para expresar sus pensamientos.

Existen algunas de éstas de que podemos darnos una explicacion; tales son las que imitan sonidos, como cuando decimos "el *tic tac* del reloj" "el *cucú* del cuclillo," etc., pero éstas solo explican una reducida porcion del gran número de palabras que constituyen una lengua, y que provienen de raíces demasiado profundas para que podamos desentrañarlas.

El hombre tenia al principio pocas y muy cortas palabras, y al expresar sus pensamientos hacia mucho uso de los signos, ó "lenguage de accion." Tambien nos servimos hoy de éste, y lo empleamos cuando movemos la cabeza para significar *no*, cuando la inclinamos para decir *sí*, y cuando estrechamos las manos á otros en testimonio de amistad, y este empleo será aún mayor sí viajamos por un país cuyo idioma no sabemos.

Hay pocas cosas que no pueden ser expresadas por signos ó gesticulaciones, y entre los antiguos se dieron, y aún hoy se dan, representaciones teatrales llamadas pantomimas (*imitacion de todas las cosas*) en las cuales no se empleaba la palabra sino enteramente por la accion y el gesto, ó sea la *mímica*.

Se refiere un cuento de un rey que se hallaba en Roma en tiempo del emperador Neron, y que habiendo visto la maravillosa mímica de un actor, pidió á aquel le cediese éste cómo un presente, á fin de hacer uso de él cuando tuviera que entablar negociaciones con naciones cuyo idioma ignoraba. Hoy tenemos tantas palabras que apenas necesitamos valernos de los signos.

Así como se supone que las diferentes razas de hombres descenden de una sola familia, así tambien se cree que los diferentes idiomas que ellos hablan provienen del mismo origen. Se reconocen á éstos *tres* fuentes principales, y al hablar de ellos tendré que citar algunos nombres de difícil pronunciacion.

Hace algunos años se cria que el idioma *Hebreo*, en que fueron escritos los libros sagrados de los judíos, que co-

nocemos con el nombre de Viejo Testamento, era la madre, por decirlo así, de las otras lenguas: más por el estudio de algunas palabras primitivas, se ha comprendido despues que:

1. El Sanscrito, en que se escribieron los libros sagrados de los brahmanes, y que se hablaba aún en tiempo de Salomon y de Alejandro Magno, pero que es una lengua *muerta*, ó que no se habla, hace más de dos mil años: El Zenda, en que fueron escritos los libros sagrados de los Persas, ó adoradores del fuego.

El Griego, ó idioma de la Grecia.

El Latin, ó idioma de los antiguos Romanos, y casi todos los demas idiomas y dialectos hablados en la India y en Europa son hijos de la familia Indo-Europea ó Ariana.

El language usado por ésta nos enseña que era conocido entre ellos "el arte de arar y de construir caminos, el de coser y tejer, el de hacer casas y el contar hasta ciento." Los lazos de padre, madre, hermano y hermana eran respetados entre ellos, y daban á Dios, que "es Luz" el nombre de *Deidad* con que aún se le invoca en las iglesias cristianas y en los templos de los Indios. Esa palabra viene de otra muy antigua con que aquel pueblo designaba el *Cielo*, y que más tarde se aplicó á Él que habita en él. "Mas allá del Sol, de la Luna y de las Estrellas y de todo lo que está sugeto á mudanza se halla claro el cielo azul, el ilimitado firmamento del cielo." Allí es dónde el hombre en todas las épocas ha colocado la mansion de Dios que es la Luz y en la cual no existen tinieblas.

2. La segunda division de las lenguas comprende el Hebreo: el Arabe, en que fué escrito el Koran ó libro sagrado de los Mahometanos, y las lenguas de los antiguos Fenicios, Babilonios, Asirios y Cartagineses.
3. La tercera division incluye las restantes lenguas del Asia, con escepcion de las de los Chinos, que es la única reliquia de la forma primitiva del language, pues todas sus palabras son de una sílaba.

Al hablar del lenguaje temo haber causado alguna confusión en mis jóvenes lectores; pero ha sido preciso tocar esta materia, porque ellos pueden más tarde oír hablar de ella, y entónces estarán en aptitud de comprender mejor la importancia de estudiar la facultad maravillosa que nos permite hablarnos en varias lenguas, y leer en los libros antiguos la historia de las indagaciones del hombre acerca de Dios. Deseo también hacerles comprender que el estudio de las palabras es un entretenido modo de emplear el tiempo, y que el diccionario, considerado por muchos como un fastidioso libro, encierra en sus palabras un tesoro de poesía, historia y belleza de que solo los sabios pueden gozar.

XI.

LA ESCRITURA.

Es mucho más difícil deducir como aprendieron los hombres á escribir.

El objeto de este arte es exponer á la vista algo que pueda ser comprendido al mirarlo, y el primer método usado para ello fué el de la pintura. La escritura pintada fué así empleada por muchas generaciones, y aún existe entre razas salvajes de todo el mundo. Sobre las rocas, las losas, los árboles y tumbas se usó este medio para recordar un acontecimiento ó enviar un mensaje.

Con el trascurso del tiempo, en vez de este fastidioso sistema, los hombres aprendieron á trazar signos que representasen ciertos sonidos ó palabras. El segundo paso fué el de dividir éstas en letras, y convenir en determinados signos que representasen siempre ciertas letras: de aquí la formación de los alfabetos. Se cree que la forma de las letras conserva aún huellas de la antigua escritura pintada. Así, Aleph, la primera letra del alfabeto hebreo, significa *buey*, y la figura de esa letra es la línea de contorno de una *cabeza de buey*.

Los signos usados por los astrónomos para representar el Sol, la Luna y los planetas: los I, II, III, para expresar

uno, dos y tres, prueban que si la escritura pintada es aun de algun valor para nosotros, debe haber sido de una importancia inmensa para los antiguos.

XII.

CONTABILIDAD.

Las tribus salvajes han aprendido á contar lentamente, y aún hoy se encuentran algunas que no saben contar más allá de cuatro, ó que si saben, no tienen palabras para expresar mayores cantidades.

En todas partes se ha usado de los dedos para contar y entre algunas tribus la palabra "mano" equivale á la palabra "cinco."

Los salvages cuentan comunmente del modo siguiente:

Una mano	5.
Dos manos, ó la mitad de un hombre	10.
Dos manos y un pié	15.
Dos manos y los piés, ó un hombre	20.

Nosotros hacemos lo mismo, como manifiesta la palabra *digitos* con que se designa á los números desde uno hasta nueve, y que proviene de la latina *digitus*, que significa *dedo*: en todas nuestras operaciones entra contar por cinco y diez. Se acostumbraba antiguamente llevar las cuentas con piedrecitas, y así parece manifestarlo la voz latina *calculi*, que nosotros conservamos cuando decimos *calcular*: de la misma manera cuando hacemos un nudo en nuestro pañuelo para recordar algo que tememos se nos olvide, imitamos el uso antiguo de contar por nudos hechos en una cuerda.

Las nociones acerca de la Infancia del Mundo se han adquirido principalmente en el estudio de las huellas dejadas por el hombre en el noroeste de Europa, pero se cree que los primeros de su especie vivieron en otra parte y que despues emigraron allí. En los primeros dias de la Antigua Edad de Piedra, cuando la Gran Bretaña é Irlanda estaban unidas al continente y corrian caudalosos rios á traves de los valles que ahora están ocupados por el Mar del Norte y el Canal de la Mancha, y cuando los ele-

fantas lanudos y rinocerontes vagaban por los bosques de pinos de lo que ahora es Inglaterra y Francia, Europa era mucho más fría de lo que es hoy, y es probable que el hombre no viviese en ella ántes que aquellos corpulentos animales.

Llegará día en que mis jóvenes lectores aprendan las bellas historias que las rocas y los rios están siempre reflejando, y los notables cambios que la tierra ha experimentado. Para aprovechar estas enseñanzas deben recordar lo que hasta aquí he dicho, á lo cual tengo que añadir que quizás el mar ocupó el lugar en que ahora viven, y que cuando hayan pasado algunas generaciones volverá á cubrirlo con sus aguas.

XIII.

PRIMERAS EMIGRACIONES DEL HOMBRE.

Se cree que el hombre vivió primeramente en las inmediaciones del Asia central, y que sus descendientes se extendieron por todas partes. Algunos se fijaron en las ricas llanuras que el Nilo fertiliza con sus aguas, y dieron origen á los pueblos de Egipto, y otros se dirigieron á las heladas costas de la Europa Septentrional, y de ellos procedieron los Escandinavos.

Así como el clima en que habita el hombre, afecta el color de su piel, así tambien el progreso de una raza y su género de vida dependen mucho de la tierra que habitan, y esto nos explica porque unas razas han adelantado más que otras, y aún han llegado á ser sus dominadores. En los lugares en que abundan ricas llanuras cubiertas de pastos, los hombres criaban ganados y rebaños, vagaban de un lugar á otro en busca de buenos pastos y no hacian progreso alguno y en aquellos en que abundaban un suelo fructífero y un aire embalsamado, se establecian definitivamente como labradores, y como trabajadores en maderas y metales, adelantando en riqueza y en conocimientos miéntras que los habitantes de las islas y de las costas se convertian en intrépidos aventureros.

No es el objeto de esta narracion llevar al lector á tiem-

pos muchos más remotos que aquellos en que comienza generalmente la Historia, y lo que hasta aquí hemos relatado no se refiere á una sola nacion ó tribu, sino al desarrollo de la humanidad como ser colectivo. Bosquéjase sin embargo someramente la marcha que siguieron las razas más notables, despues que abandonaron su supuesta cuna.

Las tribus que se dirigieron hácia el norte de Europa, permanecieron largo tiempo en una vida errante y salvaje, y cuando adelantaron bastante para descubrir, ó lo que es más probable, para aprender de otras razas el uso de los metales, se dedicaron con empeño á la construccion de buques que fuesen bastantes poderosos para resistir el combate de las olas en los altos mares. Llegaron por este medio á ser el terror de las poblaciones pacíficas; y en la historia de Inglaterra podemos ver como se lanzaron, una despues de otra, sobre la isla Gran Bretaña, robando donde quiera y como quiera que podian.

Otras tribus se establecieron en Persia, en las costas de Palestina y en Egipto, y fueron la raiz de donde brotaron esas poderosas naciones cuyos reyes gobernaron muchos años ántes del nacimiento de Abraham. Otras se precipitaron á los estrechos que median entre Asia y América; vagaron sobre la superficie del Nuevo Mundo, y los que se dirigieron al Sur levantaron ciudades cuyas ruinas nos revelan su poderio.

Mucho ántes de que existiesen los grandes imperios de Grecia y Roma levantóse un pueblo que conocemos con el nombre de Judíos; su historia ocupa muchos libros de la Biblia, y su primer jefe se llamó Abraham de quien referirémos más adelante historias muy interesantes.

Abraham dejó su tierra natal, y se trasladó con sus esclavos y ganados á Palestina. Sus descendientes se establecieron en Egipto, que era un país muy abundante en granos: allí llegaron á ser muy numerosos y fueron tratados bondadosamente durante la vida de José, cuya conmovedora historia se refiere en el Génesis: pero despues de su muerte, fueron aquellos reducidos á la servidumbre, y recibieron los más duros tratamientos. Un hombre bueno, sábio y heróico llamado Moisés, á quien la hija del

rey habia educado como si fuese su propio hijo, lleno de justa indignacion por los ultrajes que sufrían sus hermanos, se colocó á la cabeza de ellos y los libertó. Las Sagradas Escrituras nos cuentan como ese pueblo se dirigió hácia Palestina gobernado por jefes y jueces; como mató cruelmente, como era propio de esa edad, hombres, mujeres y niños: como creció y prosperó, pero tambien como por sus vicios se hizo débil y fué esclavizado y volvió á levantarse otra vez más, hasta que al venir Jesucristo, quedó sometido al imperio romano.

XIV.

PROGRESOS GENERALES DEL HOMBRE.

La historia primitiva del hombre nos manifiesta cuan maravilloso ha sido su progreso si comparamos la Edad de Piedra con nuestro presente estado. No solo ha progresado en la construccion de edificios, en la confeccion de sus alimentos, en la alfarería, en las preparacion de sus vestidos y en el aprovechamiento de los metales, sino que ha llegado á tener profundos conocimientos de la tierra que le sostiene y de las estrellas que le rodean. El rayo, el viento y los serpeantes rios se ven encadenados por él y obedecen sus mandatos: ha profundizado el misterio de los astros, y cada día descubre un nuevo secreto en el gran libro de la naturaleza.

Quisiéramos saber quienes fueron los primeros hombres del pasado que echaron los cimientos del progreso moderno para tributarles nuestro agradecimiento. El primero que labró un pedestal fué el padre de la Escultura: el primero que colocó en orden piedras sobre piedras fué el fundador de la Arquitectura: el primero que abrió un hoyo en el hueso de un reno y silvó en él, ó extendió un tendon y le hizo sonar, fué el padre de la Música: el primero que rimó sus sencillos pensamientos fué el padre de la Poesía; el primero que se esforzó en penetrar los secretos del sol y las estrellas, fué el padre de la Astronomía.

XV.

DECADENCIA DE LOS PUEBLOS.

Hemos titulado esta sencilla narracion del hombre en sus primeros tiempos "*La Infancia del Mundo*," porque el progreso de éste desde el pasado hasta el presente estado, es como el desarrollo del hombre desde la infancia hasta la pubertad.

Aunque su marcha se ha deslizado serena hasta el presente, no debemos perder de vista los funestos acontecimientos que á veces han detenido la corriente. La historia nos manifiesta en los libros y en las ruinas, que ha habido tribus y naciones de tan alto poder, que su caída hubiera parecido imposible, pero que al llegar á cierta altura no solo han decaído sino que han perecido. Y desde que el hombre vive sobre la tierra, tantos miles de años hace, deben haberse levantado y desaparecido razas y tribus que no nos han dejado ni siquiera huellas de su existencia.

La ignorancia del hombre respecto de lo que debe á su Dios y á sus prójimos, ha sido generalmente causa de los crímenes que todos los lugares del Universo en mayor ó menor grado han presenciado; pero con mayor frecuencia han sido producidos aquellos por su intencion deliberada de hacer mal: olvidando en su loca vanidad que las leyes de Dios son inmutables, y que el mal es un señor que paga sus salarios con la muerte. Ha quebrantado la ley del amor, y esto ha ocasionado crueles guerras y sangrientas carnicerías: ha capturado pueblos libres, y aniquilado en la servidumbre sus más esforzados campeones. Ha desobedecido las leyes de la salud, y la plaga y la peste negra han muerto á millones, y la glotonería y la embriaguez los han destruido. Ha amado el dinero y sido egoísta, olvidando que nadie puede vivir solo físicamente y su alma ha perecido hambrienta y estenuada.

Pero aunque el horario en el reloj del progreso ha parecido inmóvil ó en retroceso algunas veces, debe prestarnos consuelo y confianza la seguridad de que el mundo ha mejorado y no empeorado. Hay personas que están

siempre suspirando por alcanzar un imposible: que tornan la vista á los dias de su infancia y desean volver á ellos: que están siempre hablando de los "buenos tiempos pasados" en que la risa estallaba con la alegría más pura, en que habia trabajo abundante, los mendigos eran pocos, y en que la vida se hallaba tan exenta de cuidados que las arrugas nunca marcaban el venturoso rostro. No prestemos oido á esas gentes: ellas han leído mal el pasado ó no lo han leído absolutamente: éste, como otras muchas cosas, es muy bello desde léjos, pero muy feo desde cerca. No necesitamos retroceder largo tiempo para saber que nuestros criados de hoy están mejor alojados, alimentados y enseñados que los reyes de esas épocas.

Es necio é irracional desear la vuelta del pasado ó hablar de él despreciándolo: él ocupó su lugar y desempeñó la mision que le estaba encomendada. Las más terribles guerras han sido beneficiosas algunas veces, y lo que el hombre ha mirado como un mal ha redundado á ocasiones en su bien. No nos es dado ver el fin tan bien como el principio: sólo Dios puede hacer esto. La verdadera sabiduría consiste en ver la mano de Dios guiando los pasos del progreso humano, y en creer que él no dejará abandonado á sí mismo el mundo que hizo para su goce.

"Nada marcha en la tierra sin un objeto." Dios marca á cada uno su mision, y cuando le hace desaparecer, es para que otro la desempeñe mejor, y así quede asegurado el bien de todos.

Esforcémonos en ejecutar completamente la obra que se halle á nuestro alcance. Aunque parezca á nuestra vista pequeña é insignificante, no parece lo mismo á la de Aquel que hizo desde la gota de rocío hasta el Sol, y que no mira tanto lo que hacemos como el modo y voluntad con que lo ejecutamos.

PARTE II.

XVI.

INTRODUCCION.

Al hablar de indicar los lentos pasos con que vino á la mente del hombre la creencia de un Dios Todopoderoso y bueno, deseo grabar acerca de éste una gran verdad en el corazón de mis jóvenes lectores, porque miéntras más alta sea la idea que de Él tengamos, mayor será la nobleza de nuestra existencia.

Seguramente es cruel el padre que prodigando todos sus beneficios á uno de sus hijos, envia á los otros que suspiran por su amor y sus caricias, á un lugar desierto, á vivir faltos de afectos y de cuidados, y á no tener quien les llore el dia de su muerte.

Esto es precisamente lo que dicen algunas personas que Dios hace. Pintan al Creador como favorecedor de cierto número de seres escojidos, y añaden que el resto ha sido condenado á cuidarse á sí propio y á no encontrar jamás á aquel. Los que esto aseguran no tienen en cuenta que Dios ha dado la vida á todos los hombres, y que á ninguno ha concedido la facultad de aceptarla ó rehusarla.

Creed que aquel que se llama Nuestro Padre, es mejor, más justo y más amante que el mejor de los padres, y "no está léjos de ninguno de nosotros."

En aquellos oscuros tiempos á traves de los cuales os he llevado, Dios, cuyo aliento formó y sigue formando cada alma viviente, estaba tan cerca de los que entónces vivian como ahora lo está de nosotros, guiándoles siempre, aunque ellos, como nosotros, le desconocieron con frecuencia. Las más absurdas y para nosotros chocantes formas de religion, no fueron inventadas por un espíritu

maligno y permitidas por Dios para arrastrar á los hombres al error y á la destruccion: fueron simplemente, como nos lo demuestra hoy las raza salvajes, los primeros esfuerzos que hacia el hombre para salir de la oscuridad que siempre ha detestado, y llegar tras el crepúsculo, á la completa claridad del dia.

Al rededor de él hervia la vida llena de hermosura y movimiento, ante él se presentaba con frecuencia el misterio de la muerte pues habia aflijidos padres que lloraban sobre los cadáveres de sus hijos, y amigos que permanecian silenciosos y tristes junto á los cuerpos inertes de sus amigos, como ahora sucede: ¿y es creible que el hombre se entretuviera en formar diestras mentiras sobre los objetos que le aterraban?

Aunque las ideas que aquellos primeros hombres tuvieron acerca de lo que veian y sentian fueron erradas, son disculpables porque ellos las creian exactas. Las mentiras y el charlatanismo empezaron largo tiempo despues, cuando algun hombre malicioso, abusando de su capacidad, pretendió tener más ciencia de la que Dios concede á los hombres sobre la tierra.

Digo esto porque deseo infundir en el alma de los niños una confianza en Dios, que nada pueda alterar, pues ellos la necesitarán más tarde, cuando en años posteriores empiecen á sentir las penas y dolores de este mundo.

XVII.

PRIMERAS PREGUNTAS DEL HOMBRE.

Despues que el hombre se levantó de su primer estado y satisfizo las necesidades más apremiantes de su cuerpo, no trascurriria mucho tiempo sin que empezase á obrar como hombre *pensador*, y entónces oiria alguna voz interior que le decia que el comer y el beber no eran los principales fines de su existencia.

Vió á su rededor el mundo con sus grandes colinas silenciosas y sus verdes valles: las escabrosas cumbres de sus rojizas montañas, y la inmensa extension de sus desiertos: sus árboles y fragantes flores: las formas gracio-

sas del hombre: el pájaro elevándose en los aires, el rápido gamo, el leon magestuoso; el grande y mal formado mammud, que desapareció hace tantos años. la vasta es cena irradiando los esplendores que le daba la presencia del Sol, ó envuelta en la sombra de pasajeras nubes: vió levantarse el Sol y atravesar el cielo hácia el Oeste, arras trando la luz consigo: aparecer la luna en períodos regu lares; ostentando primero la forma de una hoz y despues la de un globo completamente redondo: vió salir las es trellas todas las noches, en mayor ó menor número bro tando como chispas despedidas por la rueda del carro del dios Sol, ó como las brillantes espumas que arroja á sus costados un buque cuando surca las aguas del Océano.

Sus oidos percibieron los diferentes rumores de la na turaleza, la música del rio murmurante: el bramido del turbulento mar: el susurro de las hojas, como agitadas por los invisibles dedos de la brisa: el ruido del agua al gotear desprendida de las oscuras nubes: el estampido del trueno seguido de relámpagos serpeadores, abortados del seno de las nubes: éstos y otros miles de sonidos, ya du ros, ya suaves, le harian preguntarse ¿Qué significa todo ésto? ¿Dónde estoy y quién soy yo? ¿De dónde pro cedo? ¿De dónde ha venido todo lo que veo y toco?

El primer sentimiento del hombre fué el de una sencilla admiracion: el segundo sentimiento fué el deseo de investigar la *causa* de las cosas, *lo que* las habia hecho.

La naturaleza (que quiere decir *eso que produce*) le rodeaba grande, poderosa, bella. ¿No tenia todo vida, movimiento?

Al considerar las investigaciones que el hombre haria para conocer la causa de las cosas que veia, no debemos suponer que razonase como nosotros; y aunque es verdad que no podia dar á sus pensamientos la forma de limados discursos, tambien lo es que el sentido comun estaba á su lado para ayudarle.

El sabia que se movia ó permanecia tranquilo, segun queria: que esta decision era precedida de ciertas razones, y que él hacia una cosa solo cuando queria hacerlo. Habia, pues, algo en su interior que regia todas sus acciones. La naturaleza no permanecia inmóvil: el rio fluia,

las nubes corrian, las hojas temblaban, la tierra experimentaba sacudimientos, el sol, la luna y las estrellas cambiaban de lugar. Habia pues, algo en su interior que los movia.

Así empezó la creencia en espíritus que residian en todas las cosas, en el sol, los árboles, las cascadas, la llama, la bestia, el pájaro y la sierpe.

XVIII.

MITOS.

Al tratar de explicarse la clase de vida que parecian tener (y que en efecto tenian, aunque no como ellos la explicaban) los seres que le rodeaban, concibieron los hombres las más curiosas ideas. Llámense esas concepciones *mitos*, que quiere decir *cuento fantástico fundado en algo real*. Si para nosotros un bosque viene á ser una especie de cosa personificada especialmente cuando lleva un nombre de persona, y si para los niños existen en realidad duendes y fantasmas que no son más que nombres, no es extraño que los salvajes creyeran que la llama que consume la leña es un sér viviente cuya cabeza no puede ser cortada: que el hambre es causada por un lagarto ó un pájaro que reside en el estómago: que los ecos que repiten las montañas eran producidos por enanos que viven en ellas, y que el trueno era el ruido producido por las ruedas del carro de Dios al rodar por el cielo.

Los mitos han cambiado su forma en las diferentes edades; aún existen entre nosotros y todavia usamos de ellos en muchas palabras que han perdido ya su significacion primitiva.

No me detendré en señalar los lugares en que los sencillos mitos primitivos, se convirtieron más tarde en exageradas leyendas heróicas, llenas de amores, de sobresaltos, de odio y de grandes hechos, como los que constituyen la historia de los primeros dias de Grecia y Roma. Estas nociones las adquirirán Vds. al estudiar la historia de esos paises.

XIX.

MITOS ACERCA DEL SOL Y DE LA LUNA.

Muchas tribus salvajes creen que el Sol y la Luna son marido y mujer, ó hermano y hermana. Entre los esquimales ó sea los habitantes de las regiones más Septentrionales de la Tierra, existe uno de los más curiosos mitos de esta especie. Suponen ellos que hallándose una jóven en una reunion, uno le declaró su amor oprimiéndole los hombros segun usanza en el país. Ella no pudo ver quien era en la oscura cabaña, y para averiguarlo, se untó las manos de hollin: de modo que cuando él volvió ella le pasó la mano por la mejilla y se la ennegreció. Trajeron luz, y ella huyó entónces porque vió que su amante era su hermano. El corrió tras ella y la siguió, hasta que llegando al fin de la tierra, ella primero y él despues saltaron hácia el cielo. Allí se convirtieron ella en el Sol y él en la Luna: por cuya razõ ésta va siempre detras de aquel en medio de los cielos, y la Luna aparece oscura algunas veces, cuando presenta á la tierra su mejilla ennegrecida.

En todos los idiomas teutónicos, la Luna era del género masculino y el Sol del género femenino.

Otros pueblos en tiempos posteriores, creyeron que el Sol era el amante de la aurora, que ella le precedia y que él la mataba con la fuerza de sus rayos, y que la noche era un sér viviente que se tragaba el día.

Si el Sol es una faz que derrama torrentes de luz, la Luna es un bajel de plata, ó una sirena que pasa la mitad de su tiempo bajo el agua. Cuando el Sol brillaba con placentero calor se decia que era el amigo de los hombres; pero cuando su fuego abrasaba la tierra se decia que estaba matando sus hijos.

Las oscuras manchas que se ven en la Luna, y que tanto se asemejan á una nariz y dos ojos, dieron origen á la creencia de que habia un hombre en la Luna que andaba recogiendo palillos para el domingo.

XX.

MITOS ACERCA DE LOS ECLIPSES.

Hay en los eclipses del Sol y de la Luna algo tan fatal y sombrío, que no debemos admirarnos de que todo el mundo los haya considerado como la obra directa de un terrible poder.

Los chinos creían que eran causa de ellos grandes dragones que luchan por devorar el Sol y la Luna y tocan tambores y calderos de bronce para obligar á los monstruos á soltar su presa. Algunas tribus de indios americanos creen que la Luna es presa de enormes perros que la cogen y despedazan hasta que su suave luz se enrojece y apaga por efecto de la sangre que mana de sus heridas. Aún hoy los naturales de la India baten su gongo cuando la Luna pasa por delante del Sol, y no hace mucho tiempo que en la misma Europa eran mirados los eclipses y los cometas como los precursores de grandes males.

El temor es hijo de la ignorancia y desaparece cuando la ciencia nos enseña á conocer la causa de las cosas.

La palabra *eclipse* descende del griego y significa *omitir* ó *abandonar*. Los fenómenos que ella designa son causados ó por el pase de la Luna entre la Tierra y el Sol, de manera que la luz de éste quede en todo ó en parte oscurecida ú omitida por corto tiempo, ó por el pase de la tierra entre el Sol y la Luna, de manera que su sombra refleje en ésta y su luz quede en todo ó en parte oscurecida. Pudieran ser temibles los eclipses si no tuvieran lugar en el momento preciso en que son anunciados anticipadamente por los cálculos de los astrónomos.

XXI.

MITOS REFERENTES A LAS ESTRELLAS.

Hay un curioso mito en Asia acerca de las estrellas que refiere que el Sol y la Luna eran mujeres; que las estrellas eran hijas de la Luna, y que el Sol había tenido otras tantas. Temiendo que la humanidad no pudiese sopor-

tar tanta luz, convinieron ambos en comerse cada uno sus hijas. La Luna ocultó las suyas, pero el Sol cumplió su palabra, y apénas lo habia hecho cuando la Luna sacó sus hijas del escondite en que las tenia. Al verlas el Sol se llenó de rabia y empezó á perseguir á la Luna para matarla: desde entónces dura la persecucion. El Sol llega algunas veces tan cerca de la Luna que puede morderla, y eso produce un eclipse. El Sol como bien puede verse, devora sus estrellas al amanecer; pero la Luna oculta las suyas durante el dia, y solo las saca de noche cuando el Sol está léjos.

Los nombres que aun conservan algunos grupos de estrellas ó algunas estrellas solitarias les fueron dados hace largo tiempo, cuando se creia que eran seres vivientes. Decian algunos que eran hombres que habian vivido en otro tiempo sobre la tierra: otros que eran grandes cazadores, y otros que eran jóvenes y doncellas bailando. Muchos de sus nombres revelan que las estrellas fueron observadas detenidamente por labradores y marinos quienes creian que ellas presidian el tiempo. El grupo que conocemos con el nombre de *Pléyades*, fué llamado así de una palabra griega que significa *navegar*, porque los antiguos marinos griegos no se daban al mar ántes de haberlas observado atentamente. Las mismas estrellas fueron llamadas *cultivadoras*, porque cuando ellas aparecen empiezan los cultivos. Una buena prueba del cambio que experimentaron nos la suministran las mismas estrellas: dice de ellas la Mitología griega que eran las siete hijas de Atlas (de quien se cuenta que sostenia el mundo en sus espaldas); seis se casaron con Dioses y la séptima con un rey, razon porque Merope (éste era su nombre) no brillaba tanto como sus hermanas.

Se creyó largo tiempo que las estrellas presidian el destino de las personas, y que su carácter era bueno ó malo, alegre ó grave, segun el planeta que rigiese al tiempo de su nacimiento. Todavía usamos muchas palabras que comprueben esta creencia. Para significar que una persona es feliz ó desgraciada, decimos que tiene *buena ó mala estrella*; y á las que son alegres solemos llamarlas *joviales* ó nacidas bajo la influencia del planeta Júpiter ó

Jove. A los locos suele llamárseles *lunáticos*, porque se creía que sus momentos de lucidez ó tranquilidad dependían de las fases de la luna.

Así mismo se creía que el Sol, la Luna y las estrellas estaban fijas en el cielo porque éste parecía un arco sólido sobre la ancha tierra. Algunos opinaban que era la mansión de la Gloria donde no había edad, necesidades ni cuidados. El camino para llegar á ella era esa brillante faja que atraviesa el cielo llamada la *Via láctea*, cuyo nombre ha dado origen á multitud de bellos mitos. Quisiera referir algunos de ellos, más no es posible dedicarles tanto tiempo y olvidar las realidades.

XXII.

MITOS ACERCA DE LA TIERRA Y DEL HOMBRE.

Creíanse que las trombas marinas eran gigantes ó serpientes que se extendían desde el mar hasta el cielo: que el arco-íris, ó sea ese semicírculo de variados colores que vemos en el cielo, era un demonio viviente que bajaba á beber cuando llovía, ó más bellamente, que era la escalera ó puente por donde los ángeles llevaban al Paraíso las almas de los bienaventurados, ó el arco de Dios puesto en las nubes, como decían los indios, los judíos y los finlandeses: las nubes eran vacas conducidas por los hijos de la mañana á pastar en los azules campos del cielo: las mareas eran los latidos del corazón del Océano: los terremotos eran producidos por el movimiento de las tortugas debajo de tierra: el relámpago era la lengua ahorquillada del demonio de las tempestades, y el trueno su bramido: los volcanes eran las mansiones de enfurecidos demonios que arrojaban desde ellas piedras encendidas.

El sentimiento de lo maravilloso es tan poderoso en el hombre que la creencia en gigantes, en pigmeos y en hadas fué muy fácil adquirirla, pero ha sido muy difícil desarraigirla.

Decíase que los huesos de las grandes bestias que ya no existen, habían pertenecido á gigantes cuyas huellas que-

daron impresas sobre las piedras de las cuevas, esas huellas no son en realidad otra cosa que un efecto de la acción de las aguas. Las grandes piedras sueltas habian sido desprendidas de las rocas por los gigantes, y arrojadas á sus enemigos en combate. Los cuentos relativos á esos pequeños hombres que vivieron un tiempo en Europa, y cuyos descendientes existen en Laponia, dió origen á la creencia en enanos. Las flechas de pedernal de la Edad de Piedra habian sido usadas por los espíritus que habitan en los bosques y en los lugares escabrosos, mientras que las hachas de piedra pulimentadas eran piedras de rayos ó *belemitas*.

No tenemos aquí extension suficiente para manifestar como se formaron otras especies de mitos, tales como los que se refieren á la cola callosa del oso, al pecho colorado del petirojo, al pico retorcido del pico gordo y al temblor que agita las hojas del álamo: ni como nacieron los cuentos de hadas que refieren las nodrizas, y que los niños escuchan con incansable atencion. Debemos abandonar el reino maravilloso de la fantasía para ir á la no ménos admirable tierra de los hechos, hácia donde la ciencia nos está impeliendo siempre. No, no verémos sino más maravillas, las fantasías vienen de los hechos, no los hechos de las fantasías.

XXIII.

IDEAS DEL HOMBRE ACERCA DEL ALMA.

Hemos dicho que cuando el hombre vió la naturaleza en movimiento creyó que todo tenia vida, que un espíritu movia la hoja, la nube y la bestia. Las palabras nos revelarán ahora cual fué con el trascurso del tiempo la idea que el hombre se formó del espíritu. La diferencia entre un hombre vivo y uno muerto es la siguiente: el vivo respira y se mueve; el muerto ha cesado de respirar y se halla inmóvil. La palabra *espíritu* significa *aliento*; y en las lenguas madres del mundo la palabra equivalente á *alma* ó *espíritu* significa *aliento* ó *viento*. Se cree con preferencia que el alma del hombre es una especie de vapor

ó sombra, que cuando se inquieta produce enfermedades á aquel. Los salvajes creen que el espíritu puede abandonar el cuerpo mientras éste duerme, y cualesquiera que sean sus sueños los juzgan tan verdaderos como si pasasen en realidad cuando está despierto. Si en medio de ellos ve un amigo muerto cree que éste ha venido á verle, ó que su espíritu ha ido á visitar á aquel, y tiene mucho cuidado en no despertar á los que duermen por temor de que el alma huya del cuerpo. Y no sólo creen que el alma puede entrar y salir en el cuerpo, sino que tambien creen que el demonio puede penetrar en él por medio del aliento, y que el acto de bostezar y de estornudar anuncian su proximidad. A los que esto hacian se les dirigia una invocacion para preservarlo del mal, y de ello tenemos un resto en la costumbre de decir "Dios te ampare," cuando alguno estornuda.

Segun una antigua leyenda judía, esta costumbre data desde Jacob. Los rabinos refieren que ántes que éste viniese los hombres estornudaban sólo una vez con tanta fuerza que el choque los mataba. Esta ley fué abolida á súplicas de Jacob, bajo condicion de que en todas las naciones el estornudo fuese siempre santificado con estas palabras: "Dios te ampare."

Decíase que cuando el alma estaba mucho tiempo fuera del cuerpo, éste se enfermaba, y para que aquella retornase se acudia á la intercesion de sacerdotes ó de brujos.

Todas estas ideas, por absurdas que parezcan, han existido entre los hombres mucho tiempo despues de haber salido del estado salvaje, y aun existen de hecho en nosotros aunque se halle oculta su primera significacion, tales son las expresiones en que hablando de un hombre decimos "está fuera de sí," "volvió en sí," etc. Si el cuerpo habia sufrido la pérdida de algun miembro, el alma quedaba tambien mutilada, y la creencia de que ella necesitaba abandonar aquel, todas las cosas que aquí habia usado, nos explicará la costumbre de matar la esposa y esclavos del difunto para que le siguiesen, colocando así mismo á su lado sus vestidos, armas y adornos para que usase estos objetos en otro mundo. Hace pocos años que en Europa, cuando moria un soldado, su caballo era con-

ducido al entierro, y despues fusilado y enterrado con él.

Mirándose el hombre rodeado de espíritus que existian en todas las cosas, y que tenian poder bastante para hacer el bien ó el mal. consideraba en todas sus acciones lo que pudiera ser agradable ó desagradable para ellos.

No sólo miraban las enfermedades como la obra frecuente de los demonios, sino que, en su temor, llenaban las sombras de espectros que se levantaban de las tumbas, ahullando á su puerta, sentándose en su casa, tocándoles el hombro y rompiendo el silencio con sus silbidos.

XXIV.

CREENCIA EN LA MAGIA Y HECHICERIA.

Deseando preservarse de estos malévolos huéspedes, el hombre habia ocurrido á los encantamientos, á la magia y á otras diferentes supercherías: y de ellas se valieron aquellos que, más astutos, negociaban con los temores de los débiles y cobardes, haciendo alarde de su poder para dominar ó conjurar los espíritus con el uso de ciertas fórmulas. Unos se dedicaban á la Medicina, otros á hacer caer la lluvia en los tiempos de sequía, otros eran brujos, conjuradores y hechiceros, abundando todos en todas partes. Aun se encuentran entre nosotros, bajo otros nombres, personas que creen penetrar en el mundo invisible, y saber de lo desconocido más de lo que es permitido á los hombres.

Esta creencia en las artes mágicas tan firmemente arraigada en las tribus más atrasadas de la humanidad, sólo hace doscientos años que desapareció de los pueblos civilizados, y aun existe en los lugares retirados, entre los nécios é ignorantes, dispuestos siempre á considerar como milagro todo lo que no pueden comprender. Así creció el horrible arte de la Hechicería que ha llevado á la hoguera *nueve millones* de personas. Segun él, debemos creer en el Diablo, que por ser enemigo de Dios y del hombre era considerado el autor de todos los males del mundo, males que aplicaba por sí mismo ó por medio de sus agentes. Se aseguraba que algunas personas se ha-

bian vendido á él mediante la promesa de que vivirían en la abundancia y de que tendrían poder para atormentar á los hombres, mujeres, niños y bestias. Si alguno sentía extraños dolores, y se experimentaba una triste pérdida, era debido á la obra impía de los hechiceros. Ellos eran los que causaban las asoladoras tempestades, la ruina de las cosechas, la muerte repentina de los ganados: y si algun individuo desfallecía enfermo, era porque algun viejo hechicero le habia hecho *mal de ojo*, ó habia formado de él una imagen de cera y puéstola al fuego para que languideciese á medida que ésta se derretia. Las desgraciadas criaturas que se dedicaron á esta profesion y que estaban así en contacto con el Diabolo, fueron despues tenazmente perseguidas, buscándose sus principales propagandistas, entre infelices mugeres. Tener la cara arrugada, el labio cubierto de vellos, ser vizca, ser regañona, tener la voz chillona ó vivir sola, eran pruebas suficientes para condenar á esas pobres víctimas á una tortura tan cruel, que la muerte era para ellas un apetecido bien.

XXV.

TEMOR DEL HOMBRE A LO DESCONOCIDO.

Puestos que en ciertas cosas no estamos mucho más adelantados que los salvajes, pudiéramos estar de acuerdo con ellos, cuando nos hablan del alma como un aliento, de los sueños, como reales, y en baja y misteriosa voz, de los buenos y malos espíritus que nos rodean.

No tenemos hasta hoy, y es probable que nunca la tengamos, una idea clara de lo que es alma: solo tenemos la creencia de que al morir, ella abandona nuestro cuerpo en la forma de una materia ténue, de un vapor ó de una sombra. Los ingleses, los chinos y los indios conservan una puerta ó una ventana abierta para que pueda salir el alma que se vá; y los alemanes dicen que la puerta no debe cerrarse de repente para que un alma no sea cogida en ella.

Nuestros sueños, en que muchos creen como anunciadores de pesar ó de alegría, nos parecen reales y verdaderos

miéntras duran.—Aún en los cuentos más estravagantes é infundados que se nos refieren, acerca de las campanas que suenan solas á media noche, ó de los muertos que se aparecen con sus mortajas en los cementerios, ha habido siempre algo que testifique el temor del hombre hácia lo desconocido en todos los estados, tiempos y lugares. Todo lo que la ciencia nos enseña acerca de los cuerpos que se agitan en una gota de agua, nada nos revela acerca del gran misterio de la vida. Podemos ver aquellos con el auxilio de maravillosos microscopios; pero la *vida en sí* ningun cristal podrá mostrarla, y el alma permanecerá siempre impalpable á los dedos de los hombres.

Dios ha dado á éstos un pensamientos, esto es, la facultad de pensar, de razonar y de recordar, y junto con él tiempo, lugar y deseo de ejercitarlo. Ha, para usar las palabras de un gran poeta “envuelto al hombre en la oscuridad, y dádole un ardiente anhelo de ver la luz”— Como lo que cuesta poco en poco es estimado, si el hombre hubiera tenido grandes conocimientos desde el principio, no se hubiera empeñado en tener más; pero sabe poco y reconociéndose con la facultad de aprender mucho, se dedica con afan á la adquisicion de la ciencia, porque comprende la verdad de aquellas antiguas palabras sobre la sabiduría, “Es más preciosa que los rubíes, y todas las cosas que el hombre pueda desear no son dignas de compararse con ella.”

XXVI.

ADORACION DE LOS FETICHES.

Hemos visto ya como el hombre trata de explicarse todo lo que le rodea, y ahora debemos averiguar cual es su primer sentimiento hácia ese gran todo. Sin duda es el de inclinarse ante él, y adorar los poderes que aparecen más fuertes que él.

La forma más atrasada de adoracion es la que se tributa á las cosas inanimadas, en las cuales se supone residir alguna virtud ó encanto, razon por la cual se les llama *fetiches*, que quiere decir *encanto*.

Nada importa la naturaleza del objeto; puede ser una piedra de forma curiosa, el tronco de un árbol con las raíces vueltas para arriba, un sombrero viejo ó un trapo rojo, con tal que se le suponga capaz de dispensar el bien ó impedir el mal.

La adoracion de las piedras, á que se refiere la Biblia, prevalece hoy en las tribus más rudas, que tienen ideas muy singulares acerca de ellas, juzgándolas á veces maridos y mujeres, á veces las residencias de los espíritus. La misma confusion que produce en el salvaje la creencia de que sus sueños son realidades, le hace confundir los séres inanimados con los animados, y destruir cuidadosamente los recortes de sus cabellos y de sus uñas para que ningun mal les sobrevenga por medio de ellos.

Los Nuevo-Zelandeses hacen tragar piedras á sus niños varones para endurecerles el corazon. En otras partes mastican leños para que el corazon del enemigo ó el de la mujer amada se ablande como el leño masticado. La espantosa práctica de comer carne humana, se supone originarse de la creencia de que si uno come la carne de otro más fuerte y valiente que él, la fortaleza y bravura del segundo se trasmite al primero. Los naturales de Borneo no comen ciervo por temor de volverse cobardes, y los Malayos devoran la carne de tigre para hacerse valientes. Si un doctor tártaro no tiene la medicina que necesita, escribe el nombre de ella en un pedacito de papel, hace una píldora y se la da al paciente para que la tome. Se refiere de un hombre en África que era muy reverenciado, y que ganaba su vida escribiendo oraciones sobre una tabla, lavándola despues y vendiendo el agua.

Nosotros podemos muy bien reirnos de esto: más cuando recitamos un verso de la Biblia ó el Padre Nuestro sin fijar la atencion, porque creemos que al hacerlo primero nos sobreviene un bien por alguna misteriosa vía, nos volvemos fetichistas, é inferiores á los mismos salvajes, y es que si el corazon no habla, son inútiles las palabras que murmuramos.

XXVII.

IDOLATRIA.

Las costumbres de adorar un fetiche y de levantar un ídolo, aunque aparezcan ser la misma cosa, son en realidad muy diferentes; porque cuando se hace un ídolo no siempre es para adorarlo. La palabra *ídolo* viene de una voz griega que significa *imágen ó forma*; y la cosa á que se refiere es con frecuencia considerada solo como una imágen del dios ó dioses en quien se cree, pero no como el dios mismo. Desgraciadamente, en el mayor número de casos ha sido mirado como un dios, creyéndose que escucha las plegarias que se le dirigen, que acepta ofrendas y que tiene poder para bendecir y maldecir. Las materias de que diferentes razas forman sus dioses nos manifiestan cuales son sus ideas. Estos son á veces simples mazos de yerba, ó piedras toscamente pintorreteadas, ó cinceladas con el cuidado y belleza desplegados en los ídolos de familia del Este. Si se cree que el dios es todopoderoso se hace de él una imágen colosal, dándole una veintena de brazos y piernas, cabeza de leon, piés de ciervo y alas de pájaro. Llenaria un libro mayor que éste si fuese á referir como en distintas edades diferentes naciones han adorado sus ídolos y á qué se han parecido éstos. Muchos años pasarán ántes que los hombres, aún en los países civilizados, se convenzan de que el Gran Dios no tiene forma ni partes y que jamas puede ser visto: "viendo, como dice San Pablo á los Corintios, que ÉL es el Señor de los cielos y la tierra, y que no habita en templos construidos con manos," que no es por consiguiente "como el oro, la plata ó la piedra grabados por el arte de los hombres."

XXVIII.

ADORACION DE LA NATURALEZA.

Debemos dejar por ahora los séres inanimados, que dan al pobre salvaje un dios que colgarse al cuello ó que en-

salsar en su cabaña, y ocupémonos un poco del culto tributado á los séres que viven y se mueven.

Algunos sabios creen que la adoracion de la serpiente y los árboles fué la primera que tuvo la humanidad. Otros opinan que fué la del Sol, la Luna, las estrellas y el fuego, pero parece más probable que en diversas partes del mundo los hombres tuvieran diferentes divinidades y que adorasen al principio las cosas más próximas á ellos hasta que supieron bastante para perder su temor y entónces se prosternarian ante aquellos grandes poderes cuyos misterios están ocultos todavía.

CULTO DEL AGUA.—El culto del agua se extendió grandemente, y esto es fácil de comprender. En efecto ¿qué cosa parecia tan llena de vida, y por consiguiente de espíritus, á la razon de los primeros hombres, como los rios, los arroyos y las cascadas? Para él, fué el demonio de las aguas el que hizo correr el rio con tal precipitacion que fuese peligroso atravesarlo, y que formó el terrible remolino que atrae y sumerge en su seno al que se le aproxima. Cuando se creia en el dios de un rio, que dominaba las corrientes y las hacia fluir dulcemente ó precipitarse con la rapidez del torrente, se estimaba como malo salvar á cualquier persona que se estuviese ahogando, pues eso era privar de su víctima al dios.

En todas partes abundan manantiales y pozos sagrados que manifiestan cuan profundo y duradero fué el culto que se tributó el agua. Hay rios igualmente reverenciados, tales como el Ganges, acerca del cual se refieren bellísimas leyendas en los libros sagrados de la India, que le hacen descender de fuentes celestes para bendecir la tierra y lavar la mancha de todo pecado.

CULTO DE LOS ÁRBOLES.—La adoracion de los árboles ha sido tambien muy comun. La vida que concentrada en su interior durante el largo invierno, brotaba repentinamente en la hoja, en la flor y en el fruto, y que parecia gemir ó suspirar cuando las brisas agitaban sus hojas ó sus ramas, ¿no anunciaba claramente la presencia de un espíritu?

En tiempos posteriores, los antiguos griegos poblaron los mares y las corrientes, los árboles y las colinas, de sé-

res que llamaron *ninfas*, y nos hablan de las diosas que residieron en las aguas para bendecir los bebedores, y de aquellas que nacieron y murieron con los árboles en que habitaron.

Acaso haya llegado á conocimiento de nuestros lectores que los sacerdotes de la religion primitiva de Inglaterra consideraban sagrado el árbol llamado *encina* y vivian entre sus bosques, como lo indicaba el nombre de *druidas*, que se les daba, cuya palabra descende de la voz griega *drus*, que significa *encina*.

CULTO DE LOS ANIMALES.—Además de la adoracion de los Arboles, de las Aguas y de otros séres que tenian vida ó movimiento, la de los Animales apareció en muy tempranos tiempos. Se veia que su vida era muy diferente de la de los árboles y rios. El agua giraba en círculos rápidos y brotaba espumas, el árbol se agitaba, el volcan rujía; pero ellos no tenian ojos con que resplandecer ni enormes garras con que despedazar, y como el bruto se asemejaba al hombre en muchas cosas y era además mucho más fuerte, era natural inferir que tenia un alma mayor que la del hombre.

Segun fué el hombre adquiriendo predominio sobre el bruto, fueron desapareciendo el terror que infundia, y la adoracion que se le tributaba; mas, como quiera que sea, los animales sagrados representan un gran papel en muchas religiones. La especie del bruto adorado dependia en mucho del país en que el hombre vivia. En el Norte adoraban el oso y el lobo: en el Sur el leon, el tigre y el cocodrilo, y en muchas partes la serpiente. Parecia tan astuto y sutil ese reptil largo, enroscado y de brillantes colores, tan espantoso su veneno, tan fascinador el brillo de su pupila que miraba ardiendo desde el fondo de su horrible faz, que fué temido por largo tiempo, y llegó á ser considerado por los hombres como la causa de aquel pecado que difundió entre ellos el pesar y la vergüenza.

El primer paso hácia adelante que dió el hombre al abandonar el culto de las piedras y los brutos fué creer en la existencia de una clase de grandes dioses, cada uno de los cuales regia una parte separada de la Naturaleza ó de la vida humana.

XXIX.

**POLITEISMO O CREENCIA EN MUCHOS
DIOSES.**

Así, en lugar de considerar que había un espíritu separado para cada arroyuelo, se elevó al pensamiento de un dios de los ríos ó de las aguas, que regía todas las corrientes y de un dios del mar que regía todos los mares. El curso de esta historia nos ha enseñado que mientras más ha pensado y sabido el hombre, menor ha sido el número de sus divinidades. Así surgió la creencia en un dios que regía el trueno, otro la lluvia, otro el viento, otro el sol, etc.

Para que se comprenda mejor como nació la creencia en estos grandes seres dominadores, trataré de explicar como empezó la adoración del Sol y de la Luna.

Al principio nada pudo excitar la admiración del hombre tanto como el hecho de que la luz del día no le alumbraba siempre: de manera que podía ver las cosas que le rodeaban, solo por cierto tiempo: después le envolvía la oscuridad, y le obligaba á andar á tientas, ó á acostarse á descansar.

Cada mañana, ántes de salir el Sol, aparecían rayos de luz que anunciaban su venida, y entónces salía aquel para inundar la tierra con su luz, haciéndose cada vez más brillante, de modo que la mirada no podía fijarse sobre él: tan deslumbrante era su esplendor. Después, lentamente, se ocultaba otra vez: los rayos de luz desaparecían poco á poco como habían venido, y volvía la oscuridad á reinar en el espacio.

Respecto de los beneficios que el Sol derrama sobre este y otros mundos, es fácil instruirse en los libros de astronomía: ellos nos enseñan historias maravillosas y verdaderas, y nos prueban que todos merecemos la denominación que se daban los Incas del Sur América: "hijos del Sol." Nuestro propósito es tratar aquí de ese planeta solo como objeto de adoración.

Plácida como era la luz de la Luna y las estrellas, era, sin embargo, ménos segura que la del Sol, y aunque dis-

minuía las sombras de la noche no destruía por completo su oscuridad.

Por consiguiente, el sentimiento natural del hombre fué el de inclinarse ante este Dios de la Luz, y ofrecerle respeto y sacrificios. Existe una historia antigua en unos escritos judáicos llamados el Talmud, que describe vigorosamente la impresiones que la luz y las sombras produjeron en el hombre. Dice así:

“Cuando Adan y Eva fueron arrojados de los jardines del Eden vagaron errantes sobre la faz de la tierra. Empezaba el Sol á ponerse, y ámbos miraron con pavor la disminucion de su luz, sintiendo penetrar en sus corazones el horror de la muerte. La luz de los cielos siguió palideciendo, y la desgraciada pareja se estrechó en mútuo abrazo, en las agonías de la desesperacion. La oscuridad entónces fué completa. Los esposos sin ventura cayeron sobre la tierra mudos de espanto, pensando que Dios les habia retirado la luz para siempre: lloraron entónces, y lloraron toda la noche. Pero un rayo de luz empezó á levantarse sobre las colinas del Oriente, despues de muchas horas de tinieblas; y volvió el Sol dorado y enjugó las lágrimas de Adan y Eva: y ellos entónces exclamaron con alegría: “La tristeza puede durar toda una noche, más la alegría viene con la mañana; ésta es la ley que Dios ha impuesto á la Naturaleza.”

La adoracion de los cuerpos celestes no solo se extendió mucho, sino que continuó hasta una época no muy remota entre las grandes naciones del pasado, como lo prueban los nombres de sus dioses y los restos de sus templos.

Los dias fueron la más antigua division del tiempo, y como los cambios de luna empezaban á ser observados, ellos señalaron las semanas, y cada cuatro semanas componian rudamente un mes, que se habia visto era el transcurso de tiempo que mediaba entre una luna y otra.

Para distinguir un dia de otro, se les dieron nombres y como se creia que cada uno de los siete planetas presidia una parte del dia, se aplicaron sus nombres á los siete de la semana.

Hay países donde el calor del Sol es tan fuerte que quema la tierra, seca las plantas y produce frecuentes muer-

tes entre los hombres. En esos países no es adorado como el dispensador de una luz bendecida, sino temido como un dios dañino y perverso.

La adoracion del fuego se unia comunmente á la del Sol, la Luna y las estrellas. El fuego da luz y calor: devora todo lo que se le aproxima como un hambriento é insaciable demonio, y nada en la tierra se asemeja tanto como él á los grandes cuerpos luminosos que giran en el espacio.

XXX.

DUALISMO, O CREENCIA EN DOS DIOSES.

Segun el hombre fué meditando y sabiendo más acerca de la naturaleza de las cosas, y viéndose libre de los temores que le impulsaban á la adoracion irracional de los seres animados ó inanimados, disminuyó aún más el número de sus divinidades, y creyó ver dos poderosos dioses que se disputaban el imperio del mundo.

Uno de ellos parecia residir en el azul tranquilo y puro, y tener un corazon amante y bueno para prodigar sus beneficios á los hombres; el otro era un poder áspero y cruel que azotaba el mar hasta enfurecerlo, que cubria de tinieblas los cielos y la tierra, que destruia las cosechas y las habitaciones de los hombres con el torrente y la tempestad, que lo helaba con su mano y que entregaba sus hijos á los animales feroces. El uno era un dios de luz que sonreia en los rayos del sol: el otro un dios de tinieblas que miraba iracundo desde las fulminantes nubes: uno gobernaba con espíritu amable y bondadoso: el otro por medio de la fiereza y de la perversidad.

Esta creencia es un buen dios, á quien hace una guerra encarnizada otro dios malo, se arraigó tan profundamente, que ninguna religion está completamente libre de ella, pues parece que ésta es la única explicacion que el hombre pudo darse de los males que experimentaba.

Mas no es cierto que el Dios Todo-Poderoso en quien creemos se vea hostilizado y entorpecido por otro poder. Si así fuera dejaría de ser Todo-Poderoso, y nosotros ten-

dríamos que rogar al dios del mal para que no nos dañara.

El mal que existe en el mundo, y que nuestro propio corazón nos indica, tiene su origen en la voluntad del hombre, á quien Dios hizo libre en su incomparable sabiduría. En lugar de hacer de nosotros simples máquinas que no pueden marchar mal, nos dió la facultad de proceder bien ó mal, á nuestra eleccion, y nos enseñó á manifestarle nuestro amor practicando aquellas cosas que sabemos le són gratas. Por más que procuremos hacer recaer sobre otros nuestras culpas, estas serán siempre la obra de nuestra libre voluntad, y nosotros los responsables. Bien sabemos que esto es cierto; más si lo dudamos, escuchemos los que nos dice esa voz que existe dentro de nosotros y que nunca miente, porque es la voz del mismo Dios.

Si nosotros tenemos poder para desobedecer los mandamientos de Dios, mas no para observarlos, ó si se permite que una fuerza invisible más poderosa que nosotros nos empuje hácia el mal, no podremos sentir el pesar que sigue á todo pecado porque comprenderémos que éste no es todo nuestro, y que se nos trataria con injusticia si se nos castigase por lo que no hemos podido evitar. Sin confianza en Dios, y sin confianza en la voz que nos habla interiormente, nuestra situacion seria lamentable.

Mas dejando esta materia, entremos á considerar las maneras con que el hombre trataba de expresar sus sentimientos hácia los dioses en que creia, pocos ó muchos, buenos ó malos. Uno manera era la *oracion*: la otra el *sacrificio*.

XXXI.

ORACION.

Nuestro primer acto cuando nos hallamos en peligro es clamar por auxilio: es justo y natural pedir lo que necesitamos á aquellos que tienen poderío y la voluntad de darnoslo. Por eso el hombre oró á sus dioses y ora todavía, porque la sentida y dilitada plegaria de la humanidad al

Cielo continuará hasta el fin de los siglos. Y por rudo y repulsivo que sea el ídolo á quien el pobre salvaje refiere su historia de miseria y de dolor, debemos respetarle; el alma le pide una creencia como el cuerpo le pide el alimento, y al adorar á ese ídolo se prosterna ante el desconocido Dios á quien nosotros llamamos Padre Nuestro que estás en los cielos.

En su ignorancia ruega por cosas de un valor pasajero, cuya concesion pudiera serle perjudicial. Parécese en esto á los niños que piden á sus padres algunas cosas que indudablemente les dañarian, y que se sienten contrariados cuando se les niegan.

Miéntas más reflexiona y crée el hombre más ruega por aquellos bienes que no son perecederos, y al manifestar sus necesidades y dolores á su sabio Creador, se somete á su voluntad para que le conceda lo que quiera.

Vive confiado en su amor
Que EL siempre da lo mejor.

XXXII

SACRIFICIO.

La razon de ofrecer sacrificios se explica por el proceder de los hombres unos con otros.

Cuando conocemos que hemos disgustado á nuestros amigos, ó que por algun motivo ellos están ofendidos con nosotros, nuestro primer deseo es remover las causas del desagrado con una oferta de cualquier clase; así mismo hacemos regalos á aquellos á quienes estamos ligados por los vínculos del amor ó del agradecimiento, para manifestarles los sentimientos que nos animan.

De la misma manera empezaron los sacrificios ú ofrecimientos á los ídolos y á los poderes conocidos ó desconocidos del bien y del mal, y así han continuado en diferentes formas en todas las naciones de la tierra hasta el presente dia. Unos sacrificios han sido ofrecidos como accion de gracias y otros para calmar el enojo de los dio-

ses, á quienes se suponía hombres, y susceptibles de buen ó mal humor como éstos.

Ofrecerian naturalmente lo mejor que tenían, y recojerian los más bellos frutos y flores para tributarlos como presentes á los dioses, ó quemarian sobre la pila de piedras llamada altar lo más immaculado de sus rebaños. Y como se creyó que el sacrificio de los séres más allegados y queridos era necesario para apaciguar la cólera, obtener la ayuda ó evitar la venganza del dios, se le ofrecieron las vidas más amadas. Esta fué una de las causas principales de esos horribles y abominables ritos cuyo solo recuerdo hiela la sangre, y de que han sido testigos todos los países y todos los tiempos.

El bendecido padre universal “no es el dios de los muertos sino de los vivos” y no ama, por consiguiente, el sacrificio de la sangre. El más grato á sus ojos es el de los corazones que, pesarosos de sus pecados y de vivir desterrados de sus paternas brazos, hacen firme propósito de renunciar á sus yerros, de olvidar su egoismo en que tanto mal se encierra, y de cumplir su voluntad *así en la tierra como en el cielo*. Los hombres están ahora empezando lentamente á comprender esa gran verdad, aunque empezó á enseñarse hace ya muchos siglos; porque ellos encuentran más cómodo profesar ciertas creencias, ó pagar á otros para que ejecuten por ellos ciertos ritos, que luchar día por día por obedecer los Mandamientos de Dios.

XXXIII.

MONOTEISMO, O CREENCIA EN UN SOLO DIOS.

En la época en que la historia de las creencias religiosas del hombre adquiere mayor claridad, vemos también que sus ideas son más notables y elevadas.

Parecióle al principio que en los cielos y la tierra reinaba una gran confusión; pero observó con más cuidado, y entonces vió que el orden, no el desorden; que un plan, no el ciego acaso, regían el universo.

La tempestad que destruía los frutos de la industria hu-

mana, se llevaba consigo las enfermedades y epidemias: el fuego que, falto de direccion, destruia, bien dirigido era un útil servidor del hombre: la noche que poblaba los aires de espíritus siniestros, invitaba al hombre á tomar las dulzuras del reposo: lo que era mirado como maldito, se convirtió en una bendicion; y lo que habia parecido desconcierto en la naturaleza, fué armonía para el que tocó sus cuerdas con acierto.

El hombre adoró al principio lo que juzgaba más fuerte, y temió lo que podia dañarle más; avanzando en conocimientos y en sabiduría vino á adorar un Sér, tipo de perfeccion y de bondad. Nació esta creencia de la idea de que el universo debia estar dominado por otra cosa que la fuerza bruta. Hemos visto que al entrar el hombre en la vida, encontró una perpétua lucha entre fuerzas de todas clases, y que la única ley que regia, era la del más fuerte. El que pudo quitar una cosa y conservarla, fué su dueño. Además de su aptitud para defenderse por la fuerza ó por la astucia, el hombre poseia el poder de dañar y cometer actos de feroz crueldad, y la historia nos enseña el mal uso que hizo de él. Inferior en esto á las bestias que mataba para satisfacer su hambre, privaba de la vida á sus prójimos solo para satisfacer injustas ambiciones, é hizo destrozos que siglos de trabajo no han podido reparar. Pero segun fué extendiéndose la familia humana fué haciendose evidente que todo seria destruido si el hombre continuaba usando en toda su fuerza este poder de dañar, de robar y de matar. Fué preciso por consiguiente, para que la humanidad pudiese vivir en paz y progresar, que cada cual reconociese el respeto y derechos que eran debidos á los demás, y que los tratasen como ellos quisieran ser tratados. Si alguno se negaba á convenir en esto, y maliciosamente dañaba á otro, se le castigaba por haber roto las reglas que deben observarse para hacer posible lo que se llamaba *sociedad*. Pero además del sentimiento del deber hácia los demás hombres, habia otro más profundo, que hacia reconocer á los unos su injusticia en causar mal á los otros.

Hay en el interior de cada uno una voz que habla clara y distintamente cuando tenemos que escoger entre la ejecucion de una buena ó de una mala accion.

Si estamos tentados á obrar mal, y sabemos, sin embargo, obrar bien ¿de dónde nos viene este conocimiento? Si despues de cada acto de bondad, de cada deber fielmente cumplido, sigue una paz bendecida ¿de dónde proviene ésta? El Sol y la Luna no pueden distinguir lo justo de lo injusto, ni ayudarnos á conocer la diferencia. Las estrellas del cielo y las piedras de la tierra no saben nada de deberes, y se mueven ó permanecen inmóviles á consecuencia de leyes muy distintas de las del amor.

Dios, y solo Dios, es la fuente de donde aquellos se originan.

Jamás debemos desoir la voz de la conciencia, pues cuando ella habla estamos muy cerca del peligro: ella solo calla cuando pisamos el buen camino: de lo contrario, no nos dejará dormir. Es un juez á quien nunca debemos tratar de molestar: jamás abandona su asiento, y desde él está pesando en su balanza, minuto por minuto, todas nuestras acciones y pensamientos.

Eso que nosotros reconocemos como nuestra suprema ley, debe ser perfecto en AQUEL cuya autoridad oímos; y supuesto que las leyes de Dios son hijas de su amor, se sigue que obedecerlas es vivir en su amor, ó lo que es lo mismo, es vivir en Dios.

Así el hombre con los piés doloridos y lleno de fatiga, viene al fin á descansar en este pensamiento, y á creer en un Dios único, Padre de todos, "Hacedor de los cielos y la tierra y de todas las cosas visibles é invisibles," creyendo así mismo que amarle de todo corazon es hacer más que ofrecerle sacrificios y hecatombes.

De esta manera llegó el hombre á la más sublime de sus creencias. Desgraciadamente, solo un corto número de la gran familia humana goza de esta bendicion: la mayor parte de ella adora aun muchos dioses: buenos, malos é indiferentes.

En los lugares en que se llegó á la creencia en un sólo Dios, se le concibió al principio en la forma de un hombre. Para los pueblos que habitaban en el frio helado Norte, era el Tonante: para los que residian en el Sur, en las costas bañadas por las mansas aguas y alumbradas por cielos refulgentes, era el Hermoso: para el habitante de

las llanuras, fuerte de alma y brusco en la acción, era un poder que cabalgaba sobre las alas de viento, un sér dotado de los sentimientos y pasiones de los hombres.

Se necesitaron grandes maestros que se paseasen en las arboledas de la hermosa Atenas, y uno más grande aún, uno divino que se sentó fatigado junto á un pozo de Samaria, para propagar respecto de Dios, ideas que no pueden ser superadas.

Así como aún hay razas salvajes que se hallan en la edad de piedra, que fué el principio de todo progreso, y que Europa ha dejado atrás miles de años hace, así también hay otras que aún permanecen sumidas en las abyectas ideas de los espíritus residentes en las cosas inanimadas. *Ellas nos representan lo que nosotros fuimos: nosotros representamos lo que es de esperarse ellas serán.* Esta idea nos hace creer que Dios, que no hace nada en vano, hará saber algún día al pobre é ignorante salvaje, las cosas que, sin culpa suya, ha ignorado hasta ahora.

XXXIV.

TRES LEYENDAS ACERCA DE ABRAHAM.

Supuesto que la más alta creencia de cualquier tiempo es la creencia de sus más elevadas inteligencias, es claro que en todas las edades ha habido hombres más pensadores y perspicaces que sus contemporáneos, los cuales, reconociendo que esta grande y solemne vida se nos ha dado para algo más noble que comer y hacer fortuna, se han preguntado á sí mismos por qué existían, dónde iban y de dónde venía todo lo que veían á su alrededor. Mucho pudiéramos decir acerca de las vidas con que esos hombres enriquecieron la tierra, y de los profundos y bellos pensamientos en que constan sus investigaciones en pos de la verdad, ó sea en pos de Dios; mas no lo permite la brevedad que nos hemos impuesto, y nos limitaremos á decir algo respecto de uno de esos hombres, el primero en los tiempos históricos, y de quien se dice que concibió y nos transmitió ántes que ningun otro, el pensamiento de un solo Dios.

Abraham, porque es él á quien nos referimos, era natural del país llamado Caldea. El claro cielo de esa tierra de Oriente, invitaba á sus moradores al encantador estudio del Sol, la luna y las estrellas: y no solo adoraban estos cuerpos, sino que por signos que de ellos sacaban, predecían el destino de las personas. Un antiguo historiador nos dice que todo caldeo tenia un báculo y un sello, en que constaba el signo del planeta ó estrellas que se vieron al tiempo de su nacimiento. Algunos han dicho que Ur, la ciudad natal de Abraham, era asiento principal del culto que se tributaba al Sol, y que su nombre significa luz ó fuego. Podemos asegurar que los primeros años de Abraham pasaron entre adoradores del Sol, y es interesante saber que su nombre y memoria se conservan con respeto no solo por los judíos, sino tambien por los persas y mahometanos.

Entre las leyendas que de él refieren libros antiguos se encuentran las siguientes:

Terah, el padre de Abraham, hacia ídolos y los vendía. Obligado un dia á salir de casa, dejó á Abraham en su lugar. Entró un anciano y preguntó el precio de uno de los ídolos.—Anciano, interrogó Abraham, ¿qué edad tienes?—Sesenta años, respondió aquel.—Sesenta años, exclamó Abraham; y tú quieres adorar una cosa que los esclavos de mi padre hicieron en pocas horas? Es extraño que un hombre de esa edad quiera inclinar su cabeza venerable ante semejante cosa.

El hombre enrojeció de vergüenza y se fué. Entró entónces una mujer de aspecto grave á traer una ofrenda á los dioses.—“Dásela tú mismo, dijo Abraham, y verás con que avides la comen.” Ella lo hizo así. Abraham cogió entónces un martillo y rompió todos los ídolos excepto el más grande, en cuyas manos colocó el martillo. Cuando Terah volvió, preguntó colérico qué malvado profano habia ultrajado así á los dioses.—Señor, dijo Abraham, durante tu ausencia una mujer trajo alimento para los dioses, y los más jóvenes empezaron á comer. El más viejo indignado por su atrevimiento, cojió el martillo y los redujo á pedazos.” Te burlas de tu anciano padre? dijo Terah; ¿no sé yo que ellos no pueden comer

ni moverse?—Así es, repuso Abraham, y sin embargo, tú los adoras, y quieres que yo también los adore.” Añade la leyenda que enojado Terah envió á Abraham á la presencia del rey para que le juzgase por su crimen.

Dijo Nemrod á Abraham:—“Si no adoras los ídolos de tu padre, adora el fuego.”

Abraham.—¿Por qué no adorar el agua, que apaga el fuego?

Nemrod.—Sea, adora el agua.

Abraham.—¿Por qué no á las nubes, que contienen el agua?

Nemrod.—Bien, adora las nubes.

Abraham.—Por qué no al viento, que arrastra las nubes?

Nemrod.—Entonces, ruégale al viento.

Abraham.—No te enojés ¡oh rey! yo no puedo rogar al fuego, al agua, á la nube, ni al viento, sino al Creador que los hizo: sólo EL es digno de mi adoracion.

En otra ocasion, Abraham dejó una cueva en que habia habitado y se puso á contemplar el desierto. Y cuando vió el Sol brillante, en todo su esplendor, se llenó de admiracion y pensó:—“Seguramente el Sol es el Dios Creador” y se arrodilló y adoró al Sol. Mas cuando vino la noche, el Sol se puso en el Oeste y Abraham dijo entonces: “No, el Autor de la Creacion no puede ponerse.” Levantóse la Luna en el Este y las estrellas aparecieron en el cielo. Entonces dijo Abraham: “Esta Luna debe ser verdaderamente Dios y las estrellas sus huestes,” y arrodillándose otra vez adoró la Luna. Pero la Luna también se puso, y el Oriente apareció de nuevo iluminado por la brillante faz del Sol. Entonces dijo Abraham: “Ciertamente estos cuerpos celestes no son dioses: ellos obedecen á una ley, y yo adoraré solamente al Autor de las leyes que ellos obedecen.”

XXXV

CREENCIA DEL HOMBRE EN UNA VIDA FUTURA.

La ruda creencia acerca de los espíritus y los sueños, y las costumbres observadas en los entierros, nos prueban

que, por vaga que fuera la idea del hombre sobre otra vida, ha creído desde sus primeros tiempos que el espíritu ó hálito, cuando el cuerpo queda frío ó en el silencio de la muerte, pasa á habitar otros lugares. Las más elevadas así como las más atrasadas razas de hombres han procurado formarse una idea de que es ese bendecido estado en donde los buenos gozan de felicidad completa, y donde los amigos "amados largo tiempo y después perdidos" nos recibirán sonrientes con angélicos rostros: ó lo que puede ser ese sombrío estado donde reinan la miseria y la desesperación.

El hombre, al tratar de indagar asombrado cuál era el paradero del espíritu, pensó que vagaba por los lugares donde ántes habia habitado, ó que se trasmitia á otro cuerpo, quizás al de un animal, y mejorando cada vez más y más en formas, llegaba hasta la mansion de los dioses.

El ha colocado su cielo en alguna lejana Isla de los Bienaventurados, ó en una tierra llena de luz y de hermosura, ó en el Oeste donde el Sol se pone, ó en el mismo Sol, en la Luna ó en las estrellas. Se han hecho bellas descripciones de esa mansion eterna, pero todas han sido copiadas de lo que vemos en la tierra y el hombre espera encontrar allí todo lo que aquí amaba, ideal ó grosero, así como verse libre de todo lo que le acongojaba.

La mejor y más brillante concepción que podemos formarnos del cielo, si dejamos á un lado la idea ruda del salvaje, es considerar cada lugar de la tierra como un lugar apropiado para doblar la rodilla sintiendo la santidad de nuestros deberes: entónces creerémos que todo aquello que aquí consideramos como lo más sublime, más noble y mejor, será nuestro en el cielo, cualquiera que éste sea y donde quiera que se halle. El pensamiento de que los mundos de Dios se hallan enlazados, está bellamente expresado en uno de los antiguos libros sagrados de la Persia. Se presenta en él el alma de un buen hombre que se encuentra en el otro mundo llevado por una doncella, noble, de brillante faz, en la flor de sus años, tan hermosa de cuerpo como la más hermosa de las criaturas. Entónces el alma de aquel hombre puro le pregunta: "Quién eres tú, doncella, que me pareces como la más hermosas de las donce-

llas?" Ella responde: "Yo soy ¡oh jóven! tus buenos pensamientos, palabras y acciones, tu buena ley, la propia ley de tu mismo cuerpo. Tú has hecho lo grato aun más grato para mí, lo hermoso aun más hermoso."

Y puesto que á todos nos agrada leer himnos escritos acerca de los cielos, pongo á continuacion uno que creo no haya visto ántes ninguno de mis lectores. Fué compuesto por algun Aryano de alma grande y está lleno de una música que no puede perecer.

"Dame la inmortalidad donde resida la eterna luz, en el mundo en que el Sol está colocado, en ese mundo inmortal é imperecedero, colócame, oh Soma!

"Alli donde impera el rey Vaivasvata, donde se halla el lugar secreto de los cielos, donde fluyen estas poderosas aguas: hazme inmortal-allí.

"Donde la vida es libre, en el tercer cielo de los cielos, donde los mundos son rádiantes: hazme inmortal allí.

"Donde crecen los deseos y anhelos, donde está la mansion del Sol, donde reinan la libertad y el deleite: hazme inmortal allí.

"Donde hay felicidad y gloria, donde el goce y el placer residen, donde nuestros deseos son satisfechos: hazme inmortal allí."

XXXVI.

LIBROS SAGRADOS

Si este libro no ha enseñado otra cosa, espero que á lo ménos haya evidenciado que las diferentes creencias de la humanidad acerca de Dios son dignas de atencion.

Pocos de nosotros vivirán más de sesenta ó setenta años, y si separamos el tiempo necesario para comer, trabajar y dormir, no nos quedará mucho para aprender un poco acerca de este mundo que se nos ha enviado á habitar. Obrarémos sabiamente si empleamos ratos perdidos en tratar de saber cómo consideraron otros hombres la belleza y misterio de este mundo, y qué decía éste á sus corazones.

No hace largo tiempo que hombres bien intencionados miraban las varias religiones de la humanidad cómo

poco dignas de estudio, ó, si de algun modo la estudiaban, era solo para deducir de ellas pruebas del aborrecimiento del hombre hácia lo bueno y lo verdadero. Pero hombres mas sabios y pensadores creyeron que debiamos tratar de comprenderlas, para ver qué clase de respuestas habian dado otros á las preguntas que nosotros hacemos acerca de Dios, del universo, de la vida y de la muerte. Estas repuestas pueden ser débiles é inciertas, mas como son las mejores que aquellos encontraron merecen nuestro respeto. Nosotros no hacemos más verdadera nuestra propia religion porque llamemos falsas las de otros, ni la hacemos ménos dignas de nosotros porque admitamos lo bueno que haya en las demas. La leccion en que adquiramos algun conocimiento, aunque sea superficial, de los libros sagrados de otras creencias, algunas mas antiguas que la nuestra, y practicadas aun por cientos de millones de hombres, nos enseñará que Dios ha sido el pensamiento constante de la humanidad. Ellos miran estos libros sagrados como la palabra que les ha dirijido el Sér Supremo, y los aman tanto como nosotros amamos la Biblia. En ello se encierran los preceptos que se les ha enseñado á obedecer, y las oracions é himnos empapados en una fé tan rica que solo puede ser producto de aquella edad, y que ningunas palabras pueden traducir. Es cierto que estos libros contienen muchos cuentos absurdos sobre mitos y leyendas, y groseras ideas acerca de Dios; pero ningun libro antiguo está exento de ellos, y los errores que contienen no hacen ménos positivas las verdades que encierran. Un diamante no es ménos diamante porque esté rodeado de escorias.

Cualquier relacion que yo diera de los diversos escritos sagrados, seria en resúmen una larga lista de nombres, y pienso que es mejor para probar su excelencia trasladar aquí algunos de sus himnos y oraciones.

El himno referente á los cielos es sacado del muy antiguo de los Brahmanes: el siguiente es parte de otro himno del mismo:

“Surgió al principio el gérmen de la luz de oro.

“El era el único Señor de todo lo que existe.

“El formó los cielos y la tierra. ¿Quién es el Dios á quien ofreceremos nuestro sacrificio?

“Aquel que da la vida, Aquel que da la fuerza, Aquel cuya bendición es deseada de los dioses más brillantes, cuya sombra es la inmortalidad, cuya sombra es la muerte.

“¿Quién es el Dios á quien ofreceremos nuestro sacrificio?

“Aquel que por su poder es el único Rey de todo lo que respira y está despierto: Aquel cuyo poder proclaman las nevadas montañas, el Océano y los distantes rios: Aquel que echó los fundamentos del cielo, del más elevado cielo: Aquel que midió la luz en los aires.”

El siguiente himno plegaria es sacado del mismo libro. Varuna, el dios invocado, era uno de sus principales dioses, y significa “El que todo lo circunda.”

“No me hagas entrar todavía ¡oh Varuna! en la mansion de la tierra. Ten piedad, Todopoderoso, ten piedad.

“He pecado por falta de fuerza. Ten piedad, Todopoderoso, ten piedad.

“Siempre que los hombres, ¡Oh Varuna! cometamos una ofensa contra el que mora en los cielos; siempre que por irreflexion faltemos á tus leyes, ten piedad, Todopoderoso, ten piedad.”

He aquí algunos preceptos del libro sagrado de los Budistas, que ocuparia un buen lugar en nuestro hermoso libro de los proverbios:

“Vence la cólera con la dulzura, el mal con el bien, la mentira con la verdad.

“No estés afanoso de descubrir las faltas de otro; pero guárdate cuidadosamente contra las tuyas propias.

“Es más noble guerrero el que se vence á sí mismo, que el que vence á millares de hombres en un combate. (Compárese el libro de los proverbios 16-32).

“Todo es puro para el virtuoso. Así, no pienses que por que estés desnudo, porque ayunes ó porque reposes en el suelo, podrás convertir en puro lo impuro, pues el espíritu permanece siempre el mismo.”

XXXVII.

CONCLUSION.

Las historias están con frecuencia tan llenas de fechas, señalando las épocas en que los reyes empezaron á gobernar, en que murieron, ó en que se libraron famosas batallas, que estoy por creer que esta historia primitiva del hombre, que no contiene fechas, parecerá más bien un cuento confuso y vago.

Mas hemos estado viajando al traves de edades tan dilatadas, que la confusion hubiera sido mayor si me hubiese referido á épocas que no están á nuestro alcance, y me hubiera puesto á trazar por conjeturas largas líneas de cifras.

He tratado de guiar á mis lectores á traves de aquel crepúsculo de los tiempos de que hablé en las primeras páginas de este libro. He conjeturado lo ménos posible y llamado en mi auxilio al buen sentido para interpretar las revelaciones que contienen los huesos, cuchillos de pedernal, armas de metal, escrituras pintadas, palabras y otras cosas; en todas las cuales se contiene la historia del progreso, lento pero seguro que empezó con el principio del tiempo y acabará con la consumacion de los siglos.

Quisiera que esta historia apareciese á los ojos de mis lectores tan bella y fascinadora como aparece á los míos; mas he preferido que quede un poco tosca á dejar de decirlo todo en ella.

Los hechos de la ciencia no son secos é inanimados, como muchos se figuran. Son objetos vivientes que llenan de la más suave poesía el oído del que los escucha, y de la más concertada armonía de colores el ojo que los mira.

Ellos no solo nos proporcionan estos delicados y durables placeres, sino que dan el pan, la salud y el consuelo á miles de personas que pasarían sin su conocimiento una existencia miserable.

He dado un buen consejo al decir que debemos dedicar una parte de nuestro tiempo al estudio de alguna ciencia. No importa la que se escoja, pues en todas hay maravillas, belleza y verdad: la astronomía, la botánica, la química y la geología poseen éstas en tan alto grado que la vida será demasiado corta para agotarlas.

Con la mente así atesorada, muchas horas ántes enojosas se llenarán de música: muchas noches estrelladas, ántes no observadas, brillarán con luces familiares: muchos paisajes, desnudos y feos para el ojo del ignorante, se señalarán con líneas de hermosura trazadas por la mano de su Hacedor. Y si Dios, como parece enseñarlo esta historia, ha decidido que el progreso del hombre dependa de él mismo; cuán cuidadosos debemos ser de no oponerle ningun obstáculo! Nuestros conocimientos no son una bendicion para nosotros sino cuando hacemos de ellos un uso prudente y bueno: con ellos sólo la vida no está completa. Si junto con ellos marcha nuestra fé en lo desconocido, ambos unidos harán nuestra existencia hermosa y bendecida.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

FIN.

